

[DE LA UNIDAD DE LA IGLESIA.]

ADVERTENCIA AL LIBRO SUBSIGUIENTE.

Un único ejemplar manuscrito de este libro llegó desde Bélgica, de los Lovanienses, el Endoviense; y también uno único desde Francia, el Floriacense. En el Endoviense el título es, En la Epístola de Petiliano a los Católicos sobre la secta de los Donatistas. En el Floriacense, Epístola de Aurelio Agustín a los Católicos sobre la secta de los Donatistas: y al finalizar el libro, en el mismo ejemplar Floriacense se lee, Termina la Epístola de Aurelio Agustín obispo a los hermanos Católicos. Comparando este último título con el Índice de Possidio, fácilmente nos inclinamos a creer que este es el mismo libro que en el tercer capítulo de dicho Índice se menciona así: Epístola contra los mencionados anteriormente (es decir, contra los Donatistas) a los hermanos Católicos, un libro. En el quinto concilio general, collat. 5, se citan las palabras del tercer capítulo de esta manera: Del mismo (Agustín) de la Epístola a los Católicos. En la edición de Amerbach se titula, Contra la Epístola de Petiliano donatista, un libro. En ediciones posteriores, en el espacio marginal superior se añadió, Sobre la Unidad de la Iglesia: título que ciertamente conviene no menos a otras obras contra los Donatistas que a este libro.

La obra parece pertenecer aproximadamente al año 402, publicada antes del tercer libro contra Petiliano. Pues al principio de la obra se interpela a Petiliano, para que responda a la misma obra, o a los dos primeros libros de Agustín contra su Epístola. Por lo tanto, aún no se había visto la otra Epístola de Petiliano, que Agustín refuta en su tercer libro, en la cual aquel intenta responder al primer libro de Agustín, aunque no toca el segundo libro de este, que apareció alrededor del mencionado año 402.

En las Retracciones no se hace mención de esta obra tan extensa; tal vez porque, como observan los Lovanienses, es propiamente una epístola, no un libro. No debe sorprender que allí se mencione un libro mucho más breve que este, y también escrito en forma de epístola, el primer libro contra Petiliano: pues este primer libro, junto con el segundo y el tercero, está completamente conectado, y por esa razón siempre se ha considerado entre los libros.

Pero hay otras cosas, no lo negamos, que nos inquietan aquí. Primero, la fórmula de saludo, La salvación que está en Cristo, etc., es nueva e inusual en Agustín. Luego, las transiciones, figuras y locuciones son a menudo inelegantes e impropias. Por ejemplo, cap. 6, n. 11, para llegar a los testimonios de la Escritura: Oh Donatistas, lean el Génesis. Cap. 8, n. 21: ¿Quién es tan desviado y absurdo de los divinos discursos? Cap. 15, n. 38: Para que incluso en los mismos admirables santos. Allí mismo: Pero con la vista y el oído el justo habitando en un alma justa se atormentaba con las iniquidades de las facciones de otros. Cap. 24, n. 69: Para que disminuya mucho nuestra causa. Allí mismo: Que te escabulles cómo serás recibido. Cap. 25, n. 73: Cuando contra los hombres malamente insinuados por sus colegas.

También inquieta que el mismo que en la Epíst. 23, n. 4, y en el lib. 1 contra Cresconio, cap. 31, nn. 36, 37, enseña claramente que los samaritanos son una herejía o herejes de los judíos; en el capítulo 13, n. 33 de este libro, no quiere que esa parte del pueblo que se separó del reino de Judá sea considerada como una herejía, especialmente basándose en esta razón, porque se separó por mandato de Dios, quien nunca ordena que se haga una herejía, y quien mandó dividir el reino, no la religión. En este lugar, los Lovanienses intentan defender a Agustín de la crítica de un hombre, como dicen, no indocto.

Observamos además que los pasajes de la Escritura aquí no se citan según la versión solemne, como en el cap. 11, n. 29, de Hechos I, 14: Todos estos perseveraban unánimes en la oración. Ibid., n. 30, de Hechos IX, 15: Para que lleve mi nombre ante las naciones, y los reyes, y los hijos de Israel para ser magnificado. Ibid., de Hechos X, 11: Como un lienzo limpio. Cap. 16, n. 42, de Ezequiel XXVIII, 3, ¿Eres tú mejor que Daniel? donde suele leerse, más sabio, como se ve en la Epíst. 111, n. 4. Finalmente, aunque al principio del libro se establece que, dejando de lado las ambigüedades, se debe buscar algo claro para manifestar la Iglesia; sin embargo, utiliza la sentencia de Isaías LXII, 4, interpretada de manera inusual, Tu tierra será el orbe de la tierra (que ciertamente no recordamos que él mismo haya usado en ningún otro lugar contra los Donatistas), en el cap. 7, n. 19; cap. 24, n. 70, y cap. 25, n. 75.

A esto se añade que en el cap. 24, n. 68, donde se objeta que el agua que fluyó del costado del Señor significaba el Bautismo; responde que eso aún debe ser investigado más diligentemente: cuando él mismo suele enseñar y recalcar esto como algo comprobado, como en el Tract. 9, y Tract. 120 en Juan, y serm. 218, sobre la Pasión del Señor, n. 14. Finalmente, lo que se lee al final del libro, que aún no ha sido cortado de raíz aquel que con mala codicia realiza obras que excluyen del reino de Dios, si no resiste también a la verdad más evidente por esas mismas obras, presenta alguna dificultad cuando se compara con el libro 2 contra Cresconio, cap. 21.

A LOS CATÓLICOS EPÍSTOLA CONTRA LOS DONATISTAS COMÚNMENTE SOBRE LA UNIDAD DE LA IGLESIA LIBRO UNO. (C,G,S)*

Propuesta la cuestión, ¿Está la Iglesia de Cristo entre los Católicos, o entre los Donatistas?, lo cual aquí no debe definirse sino a partir de lugares ciertos y claros de la Sagrada Escritura: se presentan primero numerosos testimonios del Antiguo y Nuevo Testamento, que muestran que se enseña de manera evidente y cierta que la verdadera Iglesia de Cristo es aquella que se difunde por todo el orbe de la tierra. Luego, los pocos que suelen ser objetados por los cismáticos de las mismas Escrituras canónicas a favor de la parte de Donato, se demuestra que son ambiguos e inciertos, y que por sí mismos, al poder ser explicados de manera contraria, no tienen ninguna fuerza. También se refutan, cuando se da la ocasión, otras calumnias de los Donatistas contra los Católicos sobre la tradición, la persecución, y otras.

AGUSTÍN obispo, a los amadísimos hermanos que pertenecen al cuidado de nuestra administración: La salvación que está en Cristo, y la paz de su unidad y caridad esté con vosotros, y que vuestro espíritu, alma y cuerpo se conserven íntegros para el día de nuestro Señor Jesucristo.

CAPÍTULO PRIMERO.---1. Recordáis, hermanos, que alguna vez llegó a nuestras manos una pequeña parte de la Epístola de Petiliano, obispo de los Donatistas de Constantina, y que escribí a vuestra Dilección lo que respondimos a esa parte. Pero cuando después nos fue enviada completa y plena por los hermanos que están allí, decidimos responderle desde el principio, como si estuviéramos presentes: tal como siempre sabéis que hemos querido tratar con ellos, para que sin el afán de la contienda, lo que se diga tanto por ellos como por nosotros, aparezca claro a todos mediante la discusión confrontada. Pues hemos sabido que esa Epístola está en manos de muchos, quienes incluso recuerdan mucho de ella de memoria, creyendo que dijo algo verdadero contra nosotros. Pero ahora, si quieren leer lo que respondimos, ciertamente entenderán qué deben rechazar y qué deben mantener. Pues no son nuestras esas cosas, como ellos mismos pueden considerar, si quieren juzgar sin el afán de las partes: ya que de las Escrituras sagradas todo está presentado y probado de tal manera que no puede negarlo sino quien profesa ser enemigo de esas Escrituras. Pero veo qué pueden decir

los defensores más pertinaces de esa tan mala causa sobre nuestra obra: que respondí a una Epístola de un ausente, donde él no escuchaba mis palabras para responder inmediatamente. Que defienda, pues, las palabras de su Epístola, y, si puede, muestre que no fueron refutadas y vencidas por mis respuestas. O si no quiere esto, que haga él también a esta mi Epístola lo que yo a la suya, a la cual ya respondí. Pues él escribió aquella a los suyos, como yo esta a vosotros: a la cual, si quiere, también él responda.

CAPÍTULO II.---2. Ciertamente la cuestión entre nosotros es, ¿Dónde está la Iglesia?; si entre nosotros, o entre ellos. Que ciertamente es una, la cual nuestros mayores llamaron Católica, para mostrar desde el mismo nombre que está por todo. Pues según el todo, καθ' ὅλον se dice en griego. Esta Iglesia es el cuerpo de Cristo, como dice el Apóstol: Por su cuerpo, que es la Iglesia (Colosenses I, 24). De donde ciertamente es manifiesto que quien no está en los miembros de Cristo, no puede tener la salvación cristiana. Los miembros de Cristo se unen entre sí por la caridad de la unidad, y por la misma se adhieren a su cabeza, que es Cristo Jesús. Todo lo que se anuncia de Cristo, es la cabeza y el cuerpo: la cabeza es el mismo unigénito Jesucristo Hijo del Dios vivo, él mismo salvador del cuerpo (Efesios V, 23), quien murió por nuestras ofensas, y resucitó para nuestra justificación (Romanos IV, 25): su cuerpo es la Iglesia, de la cual se dice, para presentársela a sí mismo como una Iglesia gloriosa, sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante (Efesios V, 27). Entre nosotros y los Donatistas la cuestión es, ¿dónde está este cuerpo, es decir, dónde está la Iglesia? ¿Qué haremos entonces? ¿La buscaremos en nuestras palabras o en las palabras de su cabeza, nuestro Señor Jesucristo? Creo que debemos buscarla más bien en sus palabras, quien es la verdad, y conoce muy bien su cuerpo. Pues el Señor conoce a los que son suyos (II Timoteo II, 19).

3. Pero, ¿cuáles son nuestras palabras, en las que no se debe buscarla?, advertid, y ved también allí qué diferencia hay entre nuestras palabras y las de ellos: y sin embargo, en nuestras palabras no queremos que se busque la Iglesia. Todo lo que nos objetamos mutuamente, sobre la tradición de los códices divinos, sobre la incensación, sobre las persecuciones, son nuestras palabras. Y en tales cosas mantenemos este modo, que se consideren verdaderas ambas, ya sea lo que decimos nosotros, ya sea lo que dicen ellos, o ambas falsas, o nuestras verdaderas y las suyas falsas, o nuestras falsas y las suyas verdaderas. Y en todas estas cosas mostramos que no hay crimen del orbe cristiano, con el cual nos comunicamos. Pues si son verdaderos los crímenes tanto los que decimos de ellos como los que ellos dicen de nosotros, hagamos lo que dice el Apóstol, Perdonándonos mutuamente, como también Dios en Cristo nos perdonó (Efesios IV, 32): para que los hombres malignos, ni aquellos que tal vez fueron o son entre nosotros, ni los que fueron o son entre ellos, impidan nuestra concordia y el vínculo de la paz, corregido uno de sus crímenes, que se separaron en vano de la unidad del orbe de la tierra, teniendo tales. Pero si ambas son falsas, ya sea lo que nosotros les objetamos, ya sea lo que ellos nos objetan sobre la tradición, o sobre la persecución de inocentes; no veo causa de litigio, sino porque hay causa para que ellos se corrijan, que se separaron sin causa. Si nosotros decimos la verdad, ya que los Hechos que presentamos, y las cartas del Emperador a quien entonces y primero escribieron y después apelaron, y la comunión de todo el orbe lo confirmamos; lo que ellos dicen, se demuestra que es falso, porque en esos tiempos, cuando se discutía la misma cuestión, no pudieron sostener su causa: aparece en ellos una furia de animosidad sacrílega y persecución de almas inocentes mayor que si solo estuvieran implicados en el crimen del cisma. Y aunque atribuyan eso, no a todos, sino a quienes quieran de los suyos, el cisma es un crimen de todos. Pero si quieren que sean verdaderos los crímenes de la tradición y la persecución que objetan, y falsos los que nosotros objetamos, ni así se purgan del crimen del cisma. Pues aquellos

pueden pertenecer a algunos, no al orbe cristiano universal. Si creen que este ha perecido por contagio; omito decir cuántas cosas malas los santos han tolerado en la congregación de los hombres por el bien de la paz, incluso conocidas: digo esto, que ellos muestren cómo no han perecido por el contagio de aquellos a quienes no saben o no supieron que son sacrílegos violadores de la castidad consagrada de las mujeres entre ellos. Ciertamente dirán que no se contaminaron por el hecho de que no lo sabían. ¿Cómo entonces se contaminó el orbe, que aún no sabe si son verdaderas las cosas que se dicen? Supongamos que ahora se nos han probado, ahora se nos han demostrado: ¿qué hacemos con tantas naciones? Se abandonan ignorantes, por lo tanto se abandonan inocentes: y cuando eso no es ningún crimen de ellos, esto comienza a ser nuestro crimen más atroz. ¿O debemos correr y enseñarles lo que sabemos? ¿Para qué esto? Si para que sean inocentes; son inocentes incluso mientras no lo saben. Pues no por conocer las malas acciones de los hombres, sino por no consentir en las conocidas, y no juzgar temerariamente sobre las desconocidas, guardamos la inocencia. Por lo tanto, como dije, el orbe de la tierra es inocente, que ignora los crímenes que se dicen de algunos, incluso si se dicen verdaderamente. Pero aquellos que se separaron de estos inocentes, por ese mismo crimen de separación y cisma perdieron la inocencia: y ahora nos enseñan que dicen la verdad sobre algunos, para que nos separemos de aquellos en quienes no tienen cosas verdaderas que decir.

4. Pues esto les dice el orbe de la tierra, lo cual es ciertamente brevísimo en palabras, pero fortísimo en verdad. Los obispos africanos, en efecto, estaban en conflicto entre sí: si no podían terminar la disensión surgida entre ellos, para que, ya sea por concordia compuesta, ya sea degradados los que contendían mal, aquellos que tenían buena causa permanecieran en la comunión del orbe de la tierra por el vínculo de la unidad; quedaba ciertamente que los obispos transmarinos, en quienes se difundía la mayor parte de la Iglesia católica, juzgaran sobre las disensiones de los colegas africanos, a aquellos que acusaban de mala ordenación. Si esto no se hizo, es culpa de aquellos por quienes debía hacerse, no del orbe de la tierra, que no supo lo que no se le comunicó. Pero si se hizo, ¿qué culpa tienen los jueces eclesiásticos, que no debían condenar crímenes, incluso si eran verdaderos y se les comunicaron, pero no se les probaron? ¿Acaso los malos podían contaminarlos, si no podían manifestarse a ellos? Pero si se les manifestaron, y por alguna negligencia o connivencia no quisieron remover a tales de la comunión, y con juicio perverso incluso dictaron sentencias a su favor: ¿qué culpa tiene el orbe de la tierra, que no supo que esos jueces eran malos, y no creyó que juzgaron mal, de quienes no pudo juzgar? Pues así como el crimen de los culpables, si oculto a los jueces, no los contaminó: así también el crimen de los jueces, si lo hubo, porque oculto al orbe de la tierra, ciertamente no pudo contaminarlo. Por lo tanto, a estos inocentes nos comunicamos inocentemente, hoy también ignorando lo que entonces se hizo. Por lo cual, incluso si hoy aprendemos que son verdaderas las cosas que dicen de algunos, no hay causa para que nos separemos de los inocentes que ignoran esto, y pasemos a aquellos que por el crimen del cisma todos están implicados, porque hicieron lo que nos aconsejan hacer, que no toleremos a los malos con el ejemplo de los Apóstoles, sino que abandonemos a los buenos con el ejemplo de los herejes. Pero hagamos que el orbe de la tierra, lo que no se puede hacer, hoy pueda conocer con nosotros claramente que son verdaderos los crímenes de algunos que ellos acusan: ¿acaso por esto podrá ser más inocente de lo que era antes de saberlo? Pues así como los malos desconocidos no podían mancharlos, incluso si aún estuvieran en esta vida; así los que ya emigraron de esta vida, incluso conocidos, no pueden mancharlos. Si, por lo tanto, tal es nuestra causa en nuestras palabras sobre los crímenes de algunos, que nos objetamos mutuamente, que es tan invicta, incluso si hoy conocemos que son falsas las cosas que decimos de algunos de ellos, y verdaderas las que dicen de algunos de nosotros, ¿qué tienen que responder?; ya sea que sean verdaderas las nuestras y falsas las suyas, ya sea que ambas

sean falsas, ya sea que ambas sean verdaderas; puesto que también ellos son vencidos allí, lo cual solo desean con todos sus votos que se crea.

CAPÍTULO III.---5. Pero, como comencé a decir, no escuchemos, Esto dices, esto digo; sino escuchemos, Esto dice el Señor. Ciertamente hay Libros del Señor, cuya autoridad ambos consentimos, ambos cedemos, ambos servimos: allí busquemos la Iglesia, allí discutamos nuestra causa. Aquí tal vez dirán: ¿Qué buscas en los Libros que entregaste al fuego? A esto respondo, ¿Qué temes que se lean estos Libros, si los preservaste del fuego? Ciertamente aquel debe ser creído que los entregó, quien al leerlos no consiente. O si tal vez estos Libros designan a su traidor, como el Señor designó a Judas; que lean en ellos por nombre y expresamente a Caeciliano o a sus ordenadores, que serían futuros traidores de esos mismos Libros, y si no los anatematizo, yo mismo sea juzgado con ellos como traidor. Pero tampoco encontramos en esos Libros que los ordenadores de Majorino estén designados como traidores, aunque recitemos esto de otra parte. Por lo tanto, que se quiten de en medio esas cosas que recitamos contra nosotros mutuamente, no de los Libros divinos canónicos, sino de otra parte. Que si no quieren que se quiten, vean que incluso si ambas son verdaderas, no hubo causa de separación de ellos, para que huyeran de aquellos que tenían: y si ambas son falsas, no hubo causa de separación de ellos, para que huyeran de aquellos que no encontraban en ningún crimen: y si las nuestras son verdaderas, y las tuyas falsas, no hubo causa de separación de ellos, porque debían corregirse y permanecer en la unidad: y si las nuestras son falsas, y las tuyas verdaderas, no hubo causa de separación de ellos, porque no debían abandonar al orbe de la tierra inocente, al cual no quisieron o no pudieron demostrar esto.

6. Quizás alguien pregunte y me diga: ¿Por qué entonces quieres que estas cosas sean eliminadas, cuando tu comunión, incluso si se presentan, es invicta? Porque no quiero que la santa Iglesia sea demostrada por documentos humanos, sino por oráculos divinos. Pues si las Sagradas Escrituras designaron a la Iglesia solo en África, y en unos pocos en Roma, en Cutzupitán o en Montenses, y en la casa o patrimonio de una sola mujer española; cualquier cosa que se presente de otros documentos, no sostienen la Iglesia sino los donatistas. Si las Sagradas Escrituras la determinan en unos pocos mauritanos de la provincia de Cesarea; hay que pasarse a los rogatistas. Si en unos pocos tripolitanos, bizacenos y provinciales; los maximianistas han llegado a ella. Si solo en los orientales; entre arrianos, eunomianos y macedonianos, y si hay otros allí, debe buscarse. Pero, ¿quién podría enumerar cada una de las herejías de las naciones individuales? Pero si la Iglesia de Cristo está designada en todas las naciones por los testimonios divinos y certísimos de las Escrituras canónicas: cualquier cosa que traigan, y de dondequiera que reciten quienes dicen, "He aquí, aquí está Cristo, he aquí, allí"; escuchemos más bien, si somos sus ovejas, la voz de nuestro pastor diciendo, "No creáis" (Mateo XXIV, 23). Pues aquellas individuales en muchas naciones, donde está esta, no se encuentran: pero esta, que está en todas partes, también se encuentra donde están aquellas. Por lo tanto, busquemos en las Sagradas Escrituras canónicas.

CAPÍTULO IV.---7. Todo Cristo es cabeza y cuerpo. La cabeza es el unigénito Hijo de Dios y su cuerpo es la Iglesia, el esposo y la esposa, dos en una sola carne (Efesios V, 23, 30, 31). Cualquiera que disienta de la misma cabeza, de las Sagradas Escrituras, aunque se encuentren en todos los lugares donde la Iglesia está designada, no están en la Iglesia. Y nuevamente, cualquiera que consienta con las Sagradas Escrituras sobre la misma cabeza, y no comunique con la unidad de la Iglesia, no está en la Iglesia; porque disienten del cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, de la testificación del mismo Cristo. Por ejemplo, quienes no creen que Cristo vino en carne de la virgen María del linaje de David, lo cual la Escritura de Dios habla

clarísimamente; o que no resucitó en el mismo cuerpo en el que fue crucificado y sepultado; aunque se encuentren en todas las tierras por las que está la Iglesia, ciertamente no están en la Iglesia: porque no sostienen la misma cabeza de la Iglesia, que es Cristo Jesús; ni son engañados por alguna oscuridad de las Escrituras divinas, sino que contradicen los testimonios más conocidos y clarísimos de ellas. Asimismo, cualquiera que crea que Cristo Jesús, tal como se ha dicho, vino en carne, y en la misma carne en la que nació y sufrió, resucitó, y él es el Hijo de Dios, Dios con Dios, y uno con el Padre, y el Verbo inmutable del Padre, por el cual fueron hechas todas las cosas; pero sin embargo disienten de su cuerpo, que es la Iglesia, de tal manera que su comunión no está con todo dondequiera que se difunda, sino que se encuentra en alguna parte separada; es manifiesto que no están en la Iglesia católica. Por lo tanto, porque la cuestión con los donatistas no es sobre la cabeza, sino sobre el cuerpo, es decir, no sobre el mismo salvador Jesucristo, sino sobre su Iglesia; que la misma cabeza sobre la que estamos de acuerdo, nos muestre su cuerpo sobre el que disentimos, para que por sus palabras dejemos de disentir. Él es el unigénito Hijo y Verbo de Dios; y por eso los santos profetas no podrían hablar verdaderamente, a menos que por la misma verdad, que es el Verbo de Dios, se les manifestara lo que debían decir, y se les ordenara que lo dijeran. Por lo tanto, en tiempos anteriores, el Verbo de Dios sonó a través de los profetas: luego por sí mismo, cuando el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14): luego por los apóstoles, a quienes envió a predicar (Mateo XXVIII, 19, 20), para que hubiera salvación hasta los confines de la tierra. En todos estos, por lo tanto, debe buscarse la Iglesia.

CAPÍTULO V.---8. Pero como muchas cosas dichas a otros o por otras razones, los maldicientes a menudo las convierten en quienes quieren, y a quienes quieren, muchas también puestas figurada y oscuramente para ejercitar las mentes racionales a través de imágenes enigmáticas o sentidos ambiguos, se cree que a veces concuerdan y se ajustan a una interpretación engañosa, también predigo y propongo esto, queelijamos las cosas claras y manifiestas. Si no se encontraran en las Sagradas Escrituras, de ninguna manera habría de dónde abrir lo cerrado e iluminar lo oscuro. Por ejemplo, vean cuán fácil es para nosotros decirles a ellos, o para ellos a nosotros, lo que el Señor dijo a los fariseos: "Sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia: así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad" (Mateo XXIII, 27, 28). Esto, ya sea que se diga de ellos por nosotros, o de nosotros por ellos, a menos que primero se pruebe con documentos clarísimos quiénes son, que siendo injustos, fingen ser justos, se dice más con ligereza que con verdad convincente, ¿quién medianamente sano lo ignora? Pues el Señor decía aquello a los fariseos como Señor, es decir, conocedor del corazón, y testigo y juez de todos los secretos humanos: nosotros, sin embargo, primero debemos encontrar y mostrar qué acusamos, para que no seamos acusados más bien de la gravísima culpa de temeridad insana. Ciertamente, si antes nos demuestran que somos tales, de ninguna manera debemos rehusar ser reprendidos y golpeados con tales palabras de las Sagradas Escrituras. Así, si nosotros les demostramos que son tales, estará igualmente en nuestro poder, con qué increpaciones del Señor ya demostrados y convictos los golpeemos.

9. Así también deben dejarse de lado por el momento aquellas cosas que están puestas oscuramente y envueltas en velos de figuras, y que pueden interpretarse tanto según nosotros como según ellos. Es ciertamente de hombres agudos juzgar y discernir quién las interpreta más probablemente: pero no queremos en esta causa, que retiene a los pueblos, comprometer nuestra disputa en estas contiendas de ingenios. No hay duda para ninguno de nosotros, que a través del arca de Noé, salvada la fidelidad de los hechos, para que, eliminados los pecadores, la casa del justo se liberara del diluvio, también se figuró la Iglesia. Lo cual tal vez parecería

una conjetura del ingenio humano, si el apóstol Pedro no lo dijera en su epístola (I Pedro III, 20, 21). Pero lo que él no dijo allí, si alguno de nosotros dice, que por eso estaban allí todos los géneros de animales, porque se preanunciaba que la Iglesia estaría en todas las naciones, tal vez a los donatistas les parezca otra cosa, y quieran interpretarlo de otra manera. De manera similar, si ellos interpretan algo puesto oscuramente y ambiguamente a favor de su sentencia, si nosotros podemos decir algo diferente de ello que suene a nuestro favor, ¿cuál será el fin? Pues un obispo de ellos, cuando aquí en Hipona, como hemos oído, hacía un sermón al pueblo, dijo que el mismo arca de Noé estaba embetunada por dentro para que no emitiera su agua; y también por fuera, para que no admitiera la ajena. Quiso que esta interpretación valiera para que no se creyera que el Bautismo puede salir fuera de la Iglesia, o que el que se da fuera sea aceptado. Pareció decir algo, y fue aclamado por aquellos que escuchaban con gusto, sin pensar diligentemente en lo que habían oído, para que, lo que era fácil, advirtieran que no podía suceder que la junta de maderas admitiera agua desde fuera, si no la emitía desde dentro: si, sin embargo, la emite desde la parte que está dentro, es consecuente que también la admita desde la que está fuera. Pero incluso si esto de la junta de maderas fuera cierto lo que él dijo, ¿quién me prohibiría decir algo diferente de la arca embetunada por ambas partes, si pudiera, para que fuera incierto qué de estas cosas, o tal vez qué otra tercera cosa significara aquel asunto? Pues no se dice absurdamente, o no incluso mucho más probablemente, que por el betún, porque es un pegamento violento y una cosa muy ardiente, se significó la caridad. ¿De dónde se dice en el Salmo, "Se ha pegado mi alma a ti" (Salmo LXII, 9), sino por la caridad ardentísima? La cual, porque se ha mandado que esté en nosotros mutuamente y en todos, por eso el arca está embetunada por dentro y por fuera. O ciertamente porque está escrito, "La caridad todo lo soporta" (I Corintios XIII, 7): la misma fuerza de la tolerancia, tenaz de la unidad, se significó por el betún, por lo cual el arca está embetunada por dentro y por fuera, porque por dentro y por fuera deben tolerarse los malos, para que no se disuelva la junta de la paz. En esta nuestra disputa, perdonemos tales interpretaciones, y busquemos algo claro por lo cual se manifieste la Iglesia.

10. Está escrito en el libro de los jueces: "Y Gedeón dijo al Señor: Puesto que tú salvarás a Israel en mi mano, como has dicho; he aquí que pongo un vellón de lana en la era, y si se hace rocío en el vellón, y en toda la tierra sequedad, sabré que salvarás a Israel en mi mano, como has dicho. Y así fue: y al amanecer Gedeón se levantó al día siguiente, y exprimió el vellón; y corrió rocío del vellón un tazón lleno de agua. Y Gedeón dijo al Señor: No se encienda tu ira contra mí, Señor, y hablaré aún una vez, y probaré aún una vez en el vellón. Hágase sequedad en el vellón solamente, y en toda la tierra hágase rocío. Y Dios hizo así en aquella noche, y se hizo sequedad en el vellón solamente, y en toda la tierra rocío" (Jueces VI, 36-40). No veo qué otra cosa esté figurada y preanunciada aquí, sino que entendamos la era como el orbe de la tierra, y el lugar del vellón como el pueblo de Israel. Sabemos que aquella antigua nación fue rociada con la gracia del sacramento divino como con rocío celestial; de cuyo don, porque las naciones alrededor carecían, era como sequedad. Pero estaba en aquel pueblo este don en el vellón, es decir, en el velo y como en la nube del secreto, porque aún no había sido revelado. Ahora, sin embargo, vemos al orbe de la tierra ya saciado con el rocío revelado a través del Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, que entonces se figuraba en aquel velo: pero aquella nación, habiendo perdido el sacerdocio que tenía, porque en las Escrituras no entiende a Cristo, ha permanecido como en un vellón seco. Sin embargo, en tales figuras de cosas, aunque no vea qué otra cosa pueda entenderse aquí, no quiero que busquemos la Iglesia. Ciertamente, las que necesitan de alguna interpretación o tal, dejémoslas de lado por el momento: no porque sean falsas, las que de este modo se interpretan de tales como envolturas; sino porque buscan un intérprete, no quiero que nuestros ingenios se comparen en ellas; sino que la verdad abierta clame, brille, irrumpa en

oídos tapados, golpee los ojos de los que disimulan; que nadie busque en ellas escondites para su falsa sentencia, que confunda todo intento de contradicción, que aplaste todo rostro de impudente.

CAPÍTULO VI.---11. Oh donatistas, lean el Génesis. "Por mí mismo he jurado, dice el Señor, Porque has hecho esta cosa, y no has perdonado a tu hijo amado por mí, a menos que bendiciendo te bendiga, y llenando llene tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está junto a la orilla del mar, y tu descendencia poseerá por herencia las ciudades de los adversarios, y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra, porque obedeciste mi voz" (Génesis XXII, 16-18). ¿Qué dicen a esto? ¿O contendéis con nosotros con la perversidad de los judíos, para que digáis que en el solo pueblo nacido de la carne de Abraham se debe entender la descendencia de Abraham? Pero los judíos no leen a Pablo apóstol en sus sinagogas, a quien vosotros leéis en vuestros conventículos. ¿Qué dice entonces el Apóstol, escuchemos. Pues ya buscamos, cómo debe entenderse la descendencia de Abraham. "Hermanos, según el hombre digo, sin embargo, el testamento confirmado de un hombre nadie lo anula, ni le añade. A Abraham fueron dichas las promesas y a su descendencia. No dice, Y a las descendencias, como en muchos; sino como en uno, Y a tu descendencia, que es Cristo" (Gálatas III, 15, 16). He aquí en qué descendencia son bendecidas todas las naciones. He aquí el testamento de Dios: abran los oídos. "El testamento confirmado de un hombre nadie lo anula, ni le añade." ¿Por qué vosotros anuláis el testamento de Dios, diciendo que no se ha cumplido en todas las naciones, y que ya ha perecido de las naciones en las que estaba la descendencia de Abraham? ¿Por qué le añadís diciendo, que en ninguna tierra permanece Cristo como heredero, a menos que pueda tener a Donato como coheredero? No envidiamos a nadie: léannos esto de la Ley, de los Profetas, de los Salmos, del mismo Evangelio, de las Cartas apostólicas: léanlo, y creemos; como nosotros les leemos a ustedes tanto del Génesis como del Apóstol, que en la descendencia de Abraham, que es Cristo, son bendecidas todas las naciones.

12. Escuchen este mismo testamento también a Isaac, hijo de Abraham. "Y hubo hambre sobre la tierra, además del hambre que antes hubo en el tiempo de Abraham. Y fue Isaac a Abimelec, rey de los filisteos, en Gerar: y se le apareció el Señor, y le dijo, No descendas a Egipto, habita en la tierra que te diré, y habita en esta tierra, y estaré contigo, y te bendeciré. Porque a ti y a tu descendencia daré toda esta tierra: y estableceré el juramento contigo, que juré a Abraham tu padre: y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo; y te daré a ti y a tu descendencia toda esta tierra: y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra, por cuanto Abraham tu padre obedeció mi voz, y guardó mis preceptos, y mis justicias, y mis leyes" (Génesis XXVI, 1-5). Respondan a esto. Pues la descendencia de Abraham, esta misma descendencia es también Isaac, que es Cristo. ¿Cómo vino Cristo de la tribu de Judá en carne por la virgen, quién de alguna manera cristiano lo ignora?

13. Escuchen este mismo testamento a Jacob. "Y salió Jacob del pozo del juramento, y se fue a Harán, y llegó a un lugar, y durmió en aquel lugar, porque el sol se había puesto: y tomó una piedra de las piedras del lugar, y la puso a su cabeza, y durmió en aquel lugar. Y vio en sueños, y he aquí una escalera establecida sobre la tierra, cuya cabeza llegaba al cielo, y los ángeles de Dios subían y bajaban por ella: y el Señor estaba sobre ella, y dijo, Yo soy el Señor Dios de Abraham tu padre, y Dios de Isaac. No temas; la tierra en la que duermes sobre ella, te la daré a ti y a tu descendencia. Y será tu descendencia como la arena de la tierra, y se multiplicará sobre el mar, y al sur, y al norte, y al oriente. Y en ti serán bendecidas todas las tribus de la tierra, y en tu descendencia. Y he aquí que yo estoy contigo guardándote en todo camino por donde vayas, y te devolveré a esta tierra: porque no te dejaré, hasta que haga todo lo que te he dicho" (Génesis XXVIII, 10-15). He aquí a qué promesa os resistís, he aquí qué

testamento firme anuláis. Dice Dios, "No te dejaré, hasta que haga todo lo que te he dicho": y vosotros contradecís, diciendo que os creamos más bien a vosotros cualquier crimen que objetéis al orbe de la tierra desconocido e ignorante; pero no creamos a Dios que dice, "No te dejaré hasta que haga."

14. Léannos de las Escrituras canónicas que ellos entregaron los códices divinos, a quienes acusáis nominalmente; léanlo tan claro como esto que les leemos del Génesis. No les preguntamos qué significa aquella piedra que Jacob se puso a la cabeza cuando dormía; qué significa la escalera establecida sobre la tierra, cuya cabeza llegaba al cielo; qué significan los ángeles de Dios subiendo y bajando por ella. Que lo busquen los más prudentes y doctos, y lo expongan en un pueblo pacífico, donde no interrumpa la impropia contradicción, armando su impudencia con la oscuridad del sacramento y el enigma de la lectura. No faltan corazones fieles, a quienes el Señor mismo les recuerde del Evangelio, donde dice, cuando vio a un israelita en quien no había engaño, porque Jacob que vio estas escaleras, él mismo fue llamado Israel: no faltan, por lo tanto, a quienes el Señor mismo les recuerde de allí; pues allí dice, "Veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre" (Juan I, 47, 51), es decir, sobre la descendencia de Abraham, en la que son bendecidas todas las naciones. Pero no insisto en esto a los que lo rechazan. He aquí lo que escuchen: "Será tu descendencia como la arena de la tierra, y se multiplicará sobre el mar, y al sur, y al norte, y al oriente: y en ti serán bendecidas todas las tribus de la tierra, y en tu descendencia." Denme esta Iglesia, si está con vosotros: muéstrense comunicando con todas las naciones, que ya vemos ser bendecidas en esta descendencia. Den esto, o con la furia dejada, reciban, no de mí, sino de aquel mismo en quien son bendecidas todas las naciones. Esto de haber recordado del primer libro de la Ley será suficiente: más cosas se harán conocidas sin impía contienda y con piadosa devoción a los que leen.

CAPUT VII.---15. ¿Qué en los Profetas, cuántos y cuán manifiestos son los testimonios de la Iglesia difundida por todas las naciones en todo el orbe terráqueo? De los cuales recordaré unos pocos, dejando muchos para el ocio de la diligencia de quienes los lean con el temor de Dios. Tomemos las respuestas divinas por boca del santo Isaías, y consultemos sus palabras como oráculos de Dios. Callen las animosas y perniciosas contiendas de las disputas humanas: inclinemos el oído a la palabra de Dios. Que Isaías diga dónde, con la revelación de Dios, ha previsto la santa Iglesia, para que en las palabras de quien habla del futuro veamos ya el presente. Está llena, dice, toda la tierra para que conozca al Señor, como las muchas aguas cubren el mar. Y será en aquel día la raíz de Jesé, y el que se levantará para tener el principado sobre las naciones, en él esperarán las gentes (Isai. XI, 9 y 10). Que la raíz de Jesé es Cristo, nacido según la carne del linaje de David, ningún cristiano lo ignora de ninguna manera: y si es contencioso, que contienda con el Apóstol, quien usa este testimonio en sus Escrituras (Rom. XV, 12). También dice: Germinará y florecerá Israel, y se llenará el orbe terráqueo de su fruto (Isai. XXVII, 6). Israel fue hijo de Isaac, nieto de Abraham, a quien se le prometió que en su descendencia serían bendecidas todas las naciones: el Apóstol interpreta que esa descendencia es Cristo. Cristo vino de la descendencia de Abraham a través de Isaac e Israel, y luego, como el evangelista relata las generaciones que conducen al nacimiento de Cristo (Mat. I). Quien quiera disputar en contra, que contradiga al Evangelio, que niegue que Cristo vino de la descendencia de Israel, para que pueda negar lo que dice Isaías: Germinará y florecerá Israel, y se llenará el orbe terráqueo de su fruto. También dice: Yo soy el primer Dios, y en lo que está por venir yo soy. Vieron las naciones, y temieron los confines de la tierra (Isai. XLI, 4, 5). Esto es lo que en otro lugar la Escritura dice, el Primero y el Último (Apoc. XXII, 13), para que sea α y ω , que son letras conocidas por todos en el signo de Cristo. Porque en lugar de lo que allí está, el último, aquí se ha puesto, y en lo que

está por venir yo soy. A esta manifestación se oponen quienes no quieren creer, más bien quienes no quieren ya ver cumplido lo que sigue: Vieron las naciones; y temieron los confines de la tierra. También un poco después: Jacob mi siervo, lo recibiré; Israel elegido, mi alma lo ha acogido. He puesto mi Espíritu sobre él: llevará juicio a las naciones. No clamará, ni cesará, ni se oirá su voz en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea, sino que con verdad llevará juicio. Resplandecerá, y no se quebrará, hasta que establezca en la tierra el juicio: y en su nombre esperarán las naciones (Isai. XLII, 1-4). Este testimonio debe entenderse de Cristo, y está puesto en el Evangelio. Quien se atreva, que contradiga: pero quien no se atreva, que espere en él con las naciones, y no se aparte de la unidad de las naciones que esperan en él; o si se había apartado, que regrese, para que no perezca.

16. También dice Isaías: Y ahora así dice el Señor: Quien me formó en el vientre para ser su siervo, para reunir a Jacob e Israel hacia él; lo acercaré, y seré honrado ante el Señor, y mi Dios será mi fortaleza. Y me dijo: Esto será grande para ti, ser llamado mi siervo, para establecer las tribus de Jacob, y convertir la descendencia de Israel. Y te he puesto como pacto de la gente, como luz de las naciones, para que seas salvación hasta los confines de la tierra. Y un poco después: Así dice, dice, el Señor de Israel: En el tiempo oportuno te escuché, y en el día de la salvación te ayudé. Ciertamente estas palabras, cuando el apóstol Pablo las recordó, no mostró que se cumplieran sino en los cristianos. Conectó diciendo: He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de la salvación (II Cor. VI, 2). Escuchemos entonces lo que Isaías añade: Te he dado, dice, como pacto de las naciones, para que habites la tierra, y poseas la herencia del desierto. Y después de interponer otras cosas, conecta y dice: He aquí que estos vendrán de lejos; estos del norte y del mar; otros de la tierra de los persas. Alégrate, cielo, y regocíjate, tierra: que los montes emitan alegría; porque Dios ha tenido misericordia de su pueblo, y ha hablado a los humildes de su pueblo. Pero Sion dijo: El Señor me ha abandonado, y Dios se ha olvidado de mí. ¿Acaso una mujer puede olvidar a su hijo, o puede no tener compasión del fruto de su vientre? Ahora bien, aunque ella lo olvide, yo no te olvidaré de ninguna manera, dice el Señor. He aquí que he grabado tus muros en mis manos, estás siempre ante mí, y pronto serás edificada por aquellos por quienes fuiste destruida. Entonces, ya que por la voz apostólica no se nos permite entender esto del pueblo judío, sino de los cristianos, ¿qué entenderemos en lo que dice aquí Isaías, Y pronto serás edificada por aquellos por quienes fuiste destruida; sino que los reyes de la tierra que primero perseguían a la Iglesia, después la ayudarán, como se predijo tanto tiempo antes? Pero como muchos de ellos morirían en sus iniquidades, añade y dice: Y los que te desolaron, se apartarán de ti. Luego, porque todas las naciones se unirían a la Iglesia, sigue y dice: Mira alrededor con tus ojos, y ve a todos. Vivo yo, dice el Señor: a todos estos te los pondrás como vestido, y los dispondrás como adorno de nueva esposa; porque lo que estaba desierto en ti, y corrompido y caído, ahora será en gran estrechez por aquellos que habitan allí: que se alejen de ti los que te devoraban. Porque tus hijos que perdiste dirán en tus oídos: Hay estrechez para nosotros en este lugar, haznos ahora también un lugar donde habitar. Pero tú dirás en tu corazón: ¿Quién me ha engendrado estos, sabiendo que estoy sin hijos y viuda? ¿Quién, pues, me ha criado estos? Porque yo fui dejada sola, ¿dónde estaban estos para mí? Así dice el Señor: He aquí que levantaré mi mano sobre las naciones, y mi señal sobre las islas, y traeré a tus hijos en el seno, y tus hijas serán llevadas sobre los hombros: y los reyes serán tus educadores; y las principales serán tus nodrizas, inclinándose sobre la tierra te suplicarán, y lamerán el polvo de tus pies, y sabrás que yo soy el Señor, y no te avergonzarás (Isai. XLIX, 5-23). Y un poco después añade, y dice: Escúchenme; escuchen, pueblo mío; también los reyes, presten atención a mí; porque de mí saldrá la ley, y mi juicio será luz para las naciones. Mi justicia se acerca rápidamente, y mi salvación avanzará, y en mi brazo las naciones serán

salvadas (Id. LI, 4, 5). Consultemos las Escrituras apostólicas sobre este brazo. Pues cuando el apóstol Pablo había puesto el testimonio del mismo profeta sobre la incredulidad de los judíos, que Cristo no les fue revelado, puso esto: ¿Quién ha creído a nuestro anuncio? y el brazo del Señor, ¿a quién ha sido revelado? (Rom. X, 16; Isai. LIII, 1). Luego en lo que sigue, Isaías añade y dice: Estallen de alegría juntos los desiertos de Jerusalén, porque el Señor ha tenido misericordia de ella, y ha liberado a Jerusalén, y el Señor mostrará su santo brazo ante todas las naciones, y verán todas las naciones hasta los confines de la tierra la salvación que es de Dios (Isai. LII, 9, 10). ¿Quién es tan sordo, quién tan demente, quién tan ciego de mente, que contradiga estos testimonios tan evidentes?

17. Pero vayamos a cosas más manifiestas. Ciertamente conocemos en las Escrituras las santísimas bodas; el esposo y la esposa, Cristo y la Iglesia. Isaías describe a ambos, no sea que en alguno de ellos erremos, lo cual, si le sucede a alguien, pierde a ambos. Porque de este matrimonio en sacramento se ha dicho, como testifica el Apóstol, Serán dos en una sola carne (Ephes. V, 31). Así pues, primero se describe a él: después de muchas cosas que Isaías dice de él, de modo que incluso los judíos enmudezcan; para no alargarme recordando todo, presten atención a esto un poco. Y él llevará sus pecados, por eso heredará a muchos, y repartirá los despojos de los fuertes, porque su alma fue entregada a la muerte, y fue contado entre los inicuos, y él soportó los pecados de muchos, y fue entregado por nuestras iniquidades (Isai. LIII, 11 y 12). Estas cosas sobre nuestro Señor Jesucristo, predichas y profetizadas tanto tiempo antes, lo admiten. Entonces, ¿por qué fue entregado este esposo a la muerte, por qué fue contado entre los inicuos con tanta humildad de su grandeza? ¿Qué hizo, qué adquirió? ¿Quién es tan sordo que no escuche esto? ¿Quién es tan obtuso que no lo entienda? ¿Quién es tan ciego que no lo vea? Por eso, dice, él heredará a muchos, y repartirá los despojos de los fuertes, porque su alma fue entregada a la muerte y fue contado entre los inicuos. ¿Qué es, herejes, lo que se glorían de la escasez, si por eso el Señor Jesucristo fue entregado a la muerte, para poseer a muchos como herencia? ¿Y quiénes son estos muchos, o cuán ampliamente ocupan la tierra; escuchemos lo que sigue.

18. Anunciado el esposo y expresado, que también la esposa proceda en las palabras de Isaías: leámosla en la verdad de las páginas sagradas, y reconozcámosla en el orbe terráqueo. Este testimonio de la santa Iglesia predicho también lo puso el apóstol Pablo. No hay lugar donde la tergiversación contenciosa de los herejes pueda huir. Alégrate, estéril, dice, que no das a luz; estalla y clama, que no estás de parto; porque muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido (Galat. IV, 27). ¿Dónde está, digo, lo que se glorían de la escasez? ¿No son estos los muchos, de quienes se dijo poco antes, Por eso él heredará a muchos? Pues, ¿cuál es su herencia, sino su Iglesia? Muchos, dice, son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido: queriendo que se entienda la Sinagoga de los judíos como la que tiene marido, porque había recibido la ley. De aquí ya se puede juzgar lo que decimos. Compáren su multitud en los africanos o en África, con la multitud de judíos dispersos por todas las tierras, y vean cuán pocos son en comparación con ellos. ¿Cómo, pues, asignarán a sí mismos lo que se dijo, Muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido? Nuevamente, compáren la multitud de cristianos por todas las naciones, con quienes no se comunican, y vean cuán pocos son en comparación con todos los judíos; y finalmente entiendan en la Iglesia católica difundida por todo el orbe, que esta profecía se ha cumplido: Muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido. Pero a quien teniendo marido esta desolada haya sido preferida en la multitud de hijos, sea oscuro, sea enigma: sin embargo, que esta sea la Iglesia de Cristo, de la que se dijo, Muchos son los hijos de la desolada, más que de la que tiene marido, quien contradiga esto, no me contradice a mí, sino al Apóstol.

19. De dónde, pues, habría de tener muchos hijos, consecuentemente añade, y dice: Porque el Señor ha dicho, Ensancha el lugar de tu tienda y de tus cortinas; fija, no escatimes, alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas, aún extiéndete a la derecha y a la izquierda: y tu descendencia poseerá las naciones, y habitarás las ciudades desiertas. No temas, porque prevalecerás, ni temas porque fuiste aborrecida. Olvidarás la confusión eterna, no recordarás la ignominia de tu viudez: porque yo soy el Señor que te hace, el Señor es su nombre, y quien te ha redimido, el Dios de Israel será llamado de toda la tierra. (Isai. LIV, 1-5). He aquí hasta dónde se le ordenó extender sus cuerdas, hasta que su Dios de Israel sea llamado de toda la tierra. Pues de ella y a ella se le dice en otro lugar por el mismo profeta: Por Sion no callaré, y por Jerusalén no descansaré, hasta que salga como luz mi justicia; y mi salvación arderá como antorcha, y verán todas las naciones tu justicia, y los reyes tu honor: y te llamarán por tu nuevo nombre, que el Señor te llamará; y serás corona de hermosura en la presencia del Señor, y diadema de reino en la mano de tu Dios; y ya no serás llamada desamparada, y tu tierra no será llamada desierta. Porque tú serás llamada mi voluntad, y tu tierra el orbe terráqueo (Id. LXII, 1-4). ¿Qué se puede decir más manifiesto aún que se exija? He aquí de un solo profeta cuántas cosas, cuán claras! y sin embargo se resiste y se contradice, no a ningún hombre, sino al Espíritu de Dios, y a la verdad más evidente. Y sin embargo, por aquellos que quieren gloriarse con el nombre cristiano, se envidia la gloria del mismo Cristo, para que no se crea que estas cosas, que tanto tiempo antes fueron predichas de él, se están cumpliendo, cuando ya no se predicen, sino que se muestran, se ven, se sostienen. Ahora bien, si de todos los Profetas quisiera recoger los testimonios de la Iglesia prefigurada, que como leemos, vemos, en esta sola Epístola; temo que yo mismo parezca juzgar que son pocos, que son tantos, que si quisiera reunirlos todos de este solo Isaías, excedería el límite del debido discurso.

CAPUT VIII.---20. Ahora, pues, escuchemos unos pocos de los Salmos, cantados tanto tiempo antes, y ahora ya veamos cumplirse con gran alegría. Y primero, eso mismo que Petiliano en su Epístola no sé con qué cara ha puesto, escuchen y juzguen. El Señor me dijo: Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión (Psal. II, 7, 8). ¿Quién, pues, cristiano alguna vez dudó que esto fue predicho de Cristo, o entendió que esta herencia es otra cosa que la Iglesia? Y porque habría de tener buenos y malos dentro de las mismas redes de los Sacramentos, Los regirás, dice, con vara de hierro, como vasija de alfarero los quebrarás. Pues con la misma firme e inflexible justicia los buenos son gobernados, los malos son quebrados.

21. ¿Quién es tan desviado y absurdo de los divinos elocuentes, que no reconozca el mismo Evangelio, cuando se canta aquel salmo donde está escrito, Horadaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos. Ellos mismos me miraron y contemplaron, repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes (Psal. XXI, 17-19; Matth. XXVII, 30, y Joan. XIX, 24)? Cuando también el Evangelista, al narrar este hecho, fue consciente de este testimonio. Pero, ¿qué se compró con el precio de esta cruz, qué con tanta grandeza de tanta humildad, qué con aquella sangre inocentísima y divina, sino lo que allí se dice en lo que sigue: Se acordarán, y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra; y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones: porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones (Psal. XXI, 28, 29)? ¿No expuso el Apóstol sobre los predicadores del Nuevo Testamento lo que está escrito, Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del orbe sus palabras (Rom. X, 18; Psal. XVIII, 5)? ¿De quién más sino de Cristo se entiende: Dios de dioses el Señor ha hablado, y ha llamado a la tierra desde el nacimiento del sol hasta su ocaso; de Sion es la belleza de su hermosura (Psal. XLIX, 1, 2)? ¿De quién, sino de Cristo es la voz, Dormí turbado? ¿Y por qué turbado, sigue y dice, Los hijos de los hombres sus dientes son armas y flechas, y su lengua espada afilada: de quiénes sino de aquellos que

clamaron, Crucifícalo, crucifícalo (Luc. XXIII, 21)? ¿Para qué todo esto? ¿Para qué bien, para qué ganancia? Escucha lo que sigue: Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria (Psal. LVI, 5, 6). He aquí que tienes a Cristo en la pasión durmiendo, y en la resurrección ascendiendo sobre los cielos. ¿Y de dónde su gloria sobre toda la tierra, sino porque su Iglesia está por toda la tierra? En estas dos sentencias brevísimas, a ustedes, herejes, les pregunto todo lo que se trata entre nosotros. Exáltate, dice, sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria. ¿Por qué predicán al Señor Cristo exaltado sobre los cielos, y no participan de su gloria sobre toda la tierra?

22. El Salmo setenta y uno está titulado "en Salomón", pero dado que lo que se dice allí no puede aplicarse a ese rey temporal, quien más tarde pecó gravemente, se defiende invenciblemente, incluso contra los mismos judíos, que estas palabras están profetizadas sobre Cristo. Ningún cristiano lo niega. Se han dicho cosas que no pueden ser dudadas de que pertenecen a Cristo. Allí también se dice, donde se reconoce a la Iglesia difundida por todo el mundo, con todos los reyes sometidos a Cristo: "Y dominará, dice, de mar a mar, y desde el río hasta los confines de la tierra". Desde el río, ciertamente, donde el Espíritu Santo lo manifestó en forma de paloma, y una voz desde el cielo. Luego sigue: "Ante él caerán los etíopes, y sus enemigos lamerán el polvo. Los reyes de Tarsis y de las islas ofrecerán regalos, los reyes de Arabia y de Saba traerán dones. Y lo adorarán todos los reyes, todas las naciones le servirán". Y poco después: "Y serán bendecidas en él todas las tribus de la tierra, todas las naciones lo magnificarán. Bendito sea el Señor Dios de Israel, que solo hace maravillas. Y bendito sea su nombre glorioso para siempre y por los siglos de los siglos. Y toda la tierra se llenará de su gloria. Amén, amén". Vayan ahora, donatistas, y clamen: "No sea, no sea". La palabra de Dios les ha vencido diciendo: "Sea, sea". He aquí que la Iglesia se ha manifestado en los Salmos, difundida por todo el mundo, sobre la cual reposa la gloria de su rey. Por lo tanto, ella misma es la reina, su esposa, de quien se le dice en el Salmo cuarenta y cuatro: "La reina está a tu derecha, vestida de oro, rodeada de variedad". Y para exhortarla, el divino discurso se dirige inmediatamente a ella: "Escucha, hija, y mira, e inclina tu oído, y olvida a tu pueblo y la casa de tu padre; porque el rey ha deseado tu belleza, porque él es tu Dios". Presten atención a cómo comienza la divina profecía a dirigirse a la esposa de Cristo: "Escucha, dice, hija, y mira". Pero ustedes no quieren ni escuchar estas profecías ni verlas cumplidas: y sin embargo, las escuchan y las ven a pesar de ustedes mismos. Escuchen, pues, lo que se le dice poco después: escuchen esto de la página divina cómo se predice, y vean en toda la tierra cómo se cumple. "En lugar de tus padres, nacieron para ti hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra". Cuántos testimonios de las Escrituras sobre este asunto podría pasar por alto, lo saben quienes leen; y yo lo sé, pero no quiero sobrecargar la Epístola, a la cual exijo respuesta.

CAPÍTULO IX.---23. ¿Qué dirán a esto que he recordado de la Ley, los Profetas y los Salmos, sobre la Iglesia de Cristo, que se difunde por todo el mundo, a la cual los perversos prefieren oponerse antes que los corregidos comunicarse? ¿Qué, digo, dirán, si estas cosas son falsas o oscuras? Pero no se atreven a decir que son falsas: están oprimidos por el peso de tanta autoridad. Por lo tanto, aunque admiten que estas cosas son verdaderas, sostienen que no pueden cumplirse: como si acusar a la profecía de falsedad fuera diferente de decir que lo que ha predicho no puede cumplirse. Esto es, de hecho, decir que no es profecía, sino más bien pseudoprofecía. Y cuando les preguntas por qué estas cosas no pueden cumplirse, responden: "Porque los hombres no quieren". Pues dicen que el hombre fue creado con libre albedrío, y si quiere, cree en Cristo; si no quiere, no cree: si quiere, persevera en lo que cree; si no quiere, no persevera. Y por eso, cuando la Iglesia comenzó a crecer por todo el mundo, los hombres no quisieron perseverar, y la religión cristiana desapareció de todas las naciones,

excepto de la parte de Donato. Como si el Espíritu de Dios no supiera las futuras voluntades de los hombres. ¿Quién diría esto, sino el más insensato? ¿Por qué, entonces, no predijo más bien lo que sabía que sucedería con las voluntades de los hombres? De la manera en que estos piensan que estas cosas fueron predichas, cualquiera podría ser profeta, de modo que cuando lo que ha predicho no se cumpla, responda: "Los hombres no quisieron: porque son cristianos por libre albedrío". De esta manera, alguien podría haber profetizado que Cristo no sufriría en la cruz, sino que moriría por la espada; para que cuando sucediera de otra manera, respondiera: "¿Qué hice yo? Los hombres, constituidos en libre albedrío, no quisieron hacerle lo que yo había predicho, y hicieron lo que ellos quisieron". Ya a cualquiera se le ocurriría cuántas cosas podrían haberse profetizado de esta manera, o incluso pueden ser profetizadas por cualquier hombre. ¿Quién dudaría de que Judas, si hubiera querido, no habría traicionado a Cristo: y Pedro, si hubiera querido, no habría negado al Señor tres veces? Pero por eso hubo una predicción cierta sobre estos, porque Dios también prevé las futuras voluntades.

CAPÍTULO X.---24. Sin embargo, aunque estas cosas son evidentes incluso para los corazones lentos, escuchemos también la voz del mismo Verbo expresada por la boca de su propia carne. Ciertamente, cuando después de la resurrección se ofreció a ser tocado y palpado por las manos de los discípulos dudosos, y cuando tomó y comió lo que le ofrecieron, les dijo: "Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros, que era necesario que se cumplieran todas las cosas escritas en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí". ¿De quién, sino de él, están escritas las cosas que también nosotros hemos recordado de la Ley, los Profetas y los Salmos, como he demostrado en cada caso? Por lo tanto, cuando él mismo, que es la Verdad, dice: "Era necesario que se cumplieran todas", ¿cómo niegan estos, sino porque son enemigos de la verdad? Pero si aún dicen que son oscuras, escuchemos también de él mismo, la cabeza, el más verdadero demostrador de su cuerpo. Pues cuando dijo que era necesario que se cumplieran todas las cosas escritas en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí; como si preguntáramos si en lo que dijo, "acerca de mí", debía entenderse la Iglesia, debido a lo que está escrito, "Serán dos en una sola carne" (Gén. II, 24); para que no solo sobre la cabeza, sino también sobre el cuerpo, tuviéramos oráculos divinos ciertos, el Evangelista sigue y dice: "Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Porque así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara de los muertos al tercer día". Aquí se muestra la misma cabeza, que también se ofreció a ser tocada por las manos de los discípulos. Mira cómo añade sobre el cuerpo, que es la Iglesia, para que no nos permita errar ni en el esposo ni en la esposa. "Y que se predicara, dice, en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Luc. XXIV, 44-47). ¿Qué hay más verdadero, más divino, más manifiesto que esta voz? Me avergüenza recomendarla con mis palabras, y a los herejes no les avergüenza oponerse a ella con las suyas.

25. Digan que los testimonios que he puesto de la Ley, los Profetas y los Salmos son oscuros y dichos figuradamente, que también pueden entenderse de otra manera; aunque en ellos he hecho lo que he podido, para que ni siquiera se atrevan a decir esto: pero aquí lo dicen. ¿Acaso esto también está dicho oscuramente, o está cubierto por el velo de enigmas, lo que el mismo Cristo dijo: "Porque así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día, y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén"? Si es oscuro, "Dormí turbado"; ¿acaso es oscuro, "era necesario que Cristo padeciera"? Si es oscuro, "Exáltate sobre los cielos, Dios"; ¿acaso es oscuro, "y resucitara al tercer día"? Si es oscuro, "Sobre toda la tierra tu gloria" (Sal. LVI, 5, 6); ¿acaso es oscuro, "y que se predicara en su nombre el

arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones"? Si es oscuro, "Dios de dioses, el Señor ha hablado, y ha llamado a la tierra, desde el nacimiento del sol hasta su ocaso"; ¿acaso es oscuro, "y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones"? Pues así ha sido llamada la tierra desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, como él mismo dice, "No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento" (Mat. IX, 13). Si es oscuro, "Desde Sion, la belleza de su esplendor" (Sal. XLIX, 1, 2); ¿acaso es oscuro, "comenzando desde Jerusalén"? Pues Sion es Jerusalén. Pero, ¿qué me importa? Digan que lo que he puesto de la Ley, los Profetas y los Salmos no pertenece a estas palabras del Señor, que se leen en el Evangelio: no me importa, ni me opongo. Sin embargo, ciertamente, a menos que esto estuviera predicho en la Ley, los Profetas y los Salmos, ya sea en esos testimonios que yo he aducido, o en otros, de ninguna manera habría dicho el Señor, "Es necesario que se cumplan todas las cosas que están escritas en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí": y luego, abriendo su entendimiento para que comprendieran las Escrituras, les enseñó las mismas cosas que están escritas sobre él en la Ley, los Profetas y los Salmos, de tal manera que dijera, "Porque así está escrito, y así era necesario que Cristo padeciera y resucitara al tercer día, y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén". No podría haber conocido estas cosas escritas en la Ley, los Profetas y los Salmos: sin embargo, él dice que están escritas allí, quien es la Verdad. Pero incluso si no dijera que estas cosas están escritas allí, sin duda sería suficiente para los cristianos que Cristo mismo dijera que era necesario que se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Pero quiso confirmar a sus discípulos dudosos, aunque hubieran visto y tocado su cuerpo, con un mayor testimonio de las Escrituras, que con el hecho de que él mismo se presentara visible y palpable a los sentidos de los mortales. Por lo tanto, mantengamos la Iglesia designada por la boca del Señor, desde dónde comenzaría y hasta dónde llegaría; comenzando, ciertamente, desde Jerusalén, y llegando a todas las naciones.

26. Aquí ya, quien diga que Jerusalén no debe entenderse como esa ciudad visible, sino que está puesta figuradamente, para ser entendida espiritualmente como toda la Iglesia eterna en los cielos, y en parte peregrina en la tierra; puede decir también que aquello está dicho figuradamente, "Porque era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día". Quien diga esto, de ninguna manera debe ser considerado cristiano. Así como aquello está puesto propiamente, también lo que se añade sobre la Iglesia de todas las naciones comenzando desde Jerusalén. Pues el Señor expuso que estas cosas están dichas sobre él en la Ley, los Profetas y los Salmos: y ciertamente esa exposición no pudo ser figurada; de lo contrario, no sería una exposición. Además, cuando Jerusalén está puesta figuradamente y entendida espiritualmente, significa toda la Iglesia; ¿cómo comienza toda la Iglesia desde toda la Iglesia, como si Jerusalén comenzara desde Jerusalén? Es manifiesto, por lo tanto, que está puesto propiamente sobre esa ciudad, desde donde también se prueba que comenzó la Iglesia, una y otra vez manifestado por él mismo, y no dejando ningún escondite de insidias a la astucia herética. Pues así sigue y dice: "Y vosotros sois testigos de estas cosas; y yo envíé la promesa de mi Padre sobre vosotros. Pero quedaos en la ciudad hasta que seáis investidos de poder desde lo alto". En la cual ciertamente ciudad les ordenó quedarse hasta que fueran investidos de poder desde lo alto, es decir, el Espíritu Santo, que prometió enviar, predijo que la Iglesia comenzaría desde esa ciudad. Pero si no creen que esa es Jerusalén, escuchen lo que sigue: "Y los sacó hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que mientras los bendecía, se apartó de ellos. Y ellos regresaron con gran gozo a Jerusalén, y estaban siempre en el templo alabando a Dios" (Luc. XXIV, 48-53). He aquí donde se muestra esa ciudad, en la cual les ordenó quedarse, hasta que fueran investidos de poder desde lo alto.

CAPÍTULO XI.---27. Y aquí, ciertamente, cuántos días estuvo con ellos, después de que se mostró vivo a sus ojos y manos después de su pasión, se omite; pero no se pasa por alto en los Hechos de los Apóstoles, donde nuevamente, con la misma manifestación de las palabras del Señor, se predice la futura Iglesia por todo el mundo: donde nadie puede dudar en absoluto, a menos que dude de la fe de las santas Escrituras, que esa es la Jerusalén visible, desde donde comenzó la Iglesia después de la resurrección y ascensión de nuestro Señor Jesucristo; ni que él quiso mostrar otra cosa, sino los lugares de esta tierra, desde donde le daría inicio, y cómo la difundiría por todas partes desde allí. Pues así está escrito en los Hechos de los Apóstoles: "En el primer tratado, oh Teófilo, hablé de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido, fue recibido arriba; a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios. Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días. Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hech. I, 1-8). He aquí también se manifiesta desde dónde comenzaría, y hasta dónde llegaría la Iglesia.

28. ¿Qué dicen a esto aquellos que con la mayor soberbia se llaman cristianos, y abiertamente contradicen a Cristo? Nosotros mantenemos esta Iglesia, no admitimos ninguna acusación humana contra estas voces divinas. Nos mueve mucho que nuestro Señor, a quien no creer es sacrílego e impío, dejó estas saludables y últimas enseñanzas de la Iglesia primitiva con sus últimas palabras en la tierra. Pues después de decir estas cosas, inmediatamente ascendió al cielo: quiso prevenir nuestros oídos contra aquellos que, según predijo, surgirían en tiempos futuros, y dirían, "He aquí, aquí está Cristo, he aquí, allí" (Mat. XXIV, 23). Nos advirtió que no les creyéramos. Y no tenemos excusa alguna si creemos contra la voz del pastor, tan clara, tan abierta, tan manifiesta, que nadie, ni siquiera el más obtuso y lento de corazón, puede decir, "No entendí". ¿Quién no entiende, "Así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día, y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén"? ¿Quién no entiende, "Me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra"? Después de decir estas cosas, fue elevado, y una nube lo recibió, y lo vieron ir al cielo. ¿Qué es esto, pregunto? Cuando se escuchan las últimas palabras de un hombre moribundo, que va al inframundo, nadie dice que está mintiendo, y se juzga impío al hereje que tal vez las desprecie: ¿cómo, entonces, escaparemos de la ira de Dios, si, ya sea no creyendo o despreciando, rechazamos las últimas palabras, tanto del Hijo único de Dios, nuestro Señor y Salvador, que iba al cielo, y desde allí observará quién las descuida, quién las observa; y desde allí vendrá para juzgar a todos? Tengo la voz clarísima de mi pastor, recomendándome y expresando sin ambigüedades la Iglesia: me culparé a mí mismo si quiero ser seducido y alejarme de su rebaño, que es la misma Iglesia, por las palabras de los hombres; especialmente cuando me ha advertido diciendo, "Mis ovejas oyen mi voz y me siguen" (Juan X, 27). He aquí su voz clara y abierta: habiéndola escuchado, quien no lo sigue, ¿cómo se atreverá a llamarse a sí mismo su oveja? Nadie me diga: "Oh, qué dijo Donato, oh, qué dijo Parmeniano, o Poncio, o cualquiera de ellos". Porque ni siquiera a los obispos católicos se les debe consentir, si acaso

se equivocan, para que sientan algo contra las Escrituras canónicas de Dios. Pero si, guardando el vínculo de la unidad y la caridad, caen en esto, sucederá en ellos lo que dice el Apóstol; "Y si en algo pensáis de otra manera, esto también os lo revelará Dios" (Filip. III, 15). Ahora bien, estas voces divinas sobre la Iglesia universal son tan manifiestas, que contra ellas no pueden ladrar sino los herejes con animosa perversidad y ciego furor.

29. Pero hemos demostrado que la Iglesia mencionada comenzará en la palabra de Dios, su esposo, ya sea por la Ley, los Profetas y los Salmos, o por su propia boca, desde Jerusalén y llegará hasta los confines de la tierra. Cómo comenzó en Jerusalén y se difundió fructíferamente entre todas las naciones, también se demuestra en la misma palabra de Dios a través de los Apóstoles, como está escrito en los Hechos de los Apóstoles, que ya recordé haber dicho el Señor: "Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta los confines de la tierra". Luego sigue: "Dicho esto, mientras ellos miraban, fue elevado, y una nube lo ocultó de sus ojos. Y mientras miraban fijamente al cielo mientras él se iba, he aquí que dos hombres con vestiduras blancas se presentaron ante ellos y dijeron: 'Hombres de Galilea, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto ir al cielo'". Entonces regresaron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que está cerca de Jerusalén, a una distancia de un viaje de sábado. Y cuando entraron, subieron al aposento alto, donde estaban alojados Pedro y Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alfeo, Simón el Zelote y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en la oración con las mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos. En esos días, Pedro se levantó en medio de los discípulos y dijo; la multitud de personas era de unas ciento veinte. Luego se narra cómo, mientras Pedro hablaba, Matías fue elegido para ocupar el lugar de Judas, el traidor del Señor. Y después de su ordenación, la Escritura sigue diciendo: "Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar; y de repente vino del cielo un ruido como de un viento impetuoso, y llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen. Había entonces en Jerusalén judíos, hombres piadosos de todas las naciones bajo el cielo. Y cuando se oyó este sonido, se reunió la multitud y se confundieron, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Estaban asombrados y maravillados, diciendo unos a otros: '¿No son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye en su propia lengua en la que nacimos? Partos, medos, elamitas, y los que habitan en Mesopotamia, Judea, Capadocia, Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las regiones de Libia cercanas a Cirene, y los romanos que han venido, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios'. Estaban todos asombrados y perplejos, diciéndose unos a otros: '¿Qué significa esto?' Pero otros se burlaban, diciendo: 'Están llenos de mosto'. Entonces Pedro, poniéndose de pie con los once, alzó su voz y les habló: 'Hombres de Judea y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio', y demás, exhortándolos a la fe. Cuando terminó, la Escritura sigue narrando: 'Al oír esto, se compungieron de corazón y dijeron a Pedro y a los demás apóstoles: '¿Qué haremos, hermanos?' Pedro les dijo: 'Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor nuestro Dios'. Y con muchas otras palabras testificaba y les exhortaba, diciendo: 'Sed salvos de esta perversa generación'. Los que recibieron su palabra fueron bautizados, y se añadieron aquel día como tres mil almas (Hechos I y II). Así es como comenzó en Jerusalén, y de allí la Iglesia se extenderá por todas las lenguas: lo cual también

fue prefigurado en aquellos que, estando allí, al recibir el Espíritu Santo, hablaron en todas las lenguas.

30. Ahora veamos cómo se extendió entre otras naciones, lo que también Pedro había predicho cuando dijo: 'Para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos, para cuantos llame el Señor nuestro Dios'. Se narran a continuación los eventos que ocurrieron en Jerusalén hasta la pasión de Esteban el diácono, donde también se menciona a Saulo consintiendo en su muerte. Completado esto, se narra: 'Aquel día se desató una gran persecución contra la Iglesia que estaba en Jerusalén, y todos fueron dispersados por las regiones de Judea y Samaria, excepto los apóstoles, que permanecieron en Jerusalén'. Ved cómo se cumple lo que el Señor había dicho en orden: 'Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta los confines de la tierra'. Ya se había cumplido en Jerusalén; seguía en Judea y Samaria, por lo cual fueron dispersados por las regiones de Judea y Samaria. De ellos se dice inmediatamente: 'Los que fueron dispersados iban por todas partes anunciando la palabra de Dios'. Y cuando los apóstoles oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, cuando por la imposición de sus manos recibieron el Espíritu Santo, se dice de Pedro y Juan: 'Pedro y Juan, habiendo testificado la palabra del Señor, regresaban a Jerusalén, y evangelizaban a muchos samaritanos en su camino'. Luego se narra sobre el eunuco que, regresando de Jerusalén, fue bautizado por Felipe; y de Felipe se dice: 'El ángel del Señor arrebató a Felipe, y el eunuco no lo vio más. Y siguió su camino gozoso; pero Felipe se encontró en Azoto, y al pasar evangelizaba todas las ciudades hasta que llegó a Cesarea' (Hechos VIII). Así se encuentra que el Evangelio fue predicado por las ciudades de Judea y Samaria. Restaba, pues, que se predicara en orden también entre todas las naciones, como el Señor había dicho, 'hasta los confines de la tierra'. Entonces Saulo es llamado desde el cielo, se convierte de perseguidor en predicador, y el Señor dice de él a Ananías: 'Ve, porque él es un instrumento escogido para llevar mi nombre ante las naciones, los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré cuánto debe sufrir por mi nombre'. Ya tenemos la Iglesia en Jerusalén, y por toda Judea y Samaria. Donde claramente poco después se dice: 'Las iglesias por toda Judea, Galilea y Samaria tenían paz, siendo edificadas y confirmadas en el temor del Señor, y se multiplicaban por la consolación del Espíritu Santo' (Hechos IX). Luego, después de unos pocos eventos intermedios, se llega al lugar donde Cornelio el centurión creyó y fue bautizado con los suyos, todos gentiles incircuncisos. Antes de que esto sucediera, Pedro vio en una visión mientras oraba, el cielo abierto y un objeto como un gran lienzo atado por las cuatro puntas, que descendía, en el cual había toda clase de cuadrúpedos, reptiles y aves del cielo. Y una voz le dijo: 'Levántate, Pedro, mata y come'. Pero Pedro dijo: 'Señor, nunca he comido nada común o inmundo'. Y la voz le habló de nuevo: 'Lo que Dios ha limpiado, no lo llames común'. Que por esta visión se significara que las naciones creerían, no es necesario conjeturarlo: el mismo apóstol lo explica en esa visión que se le mostró. Cuando entró en la casa donde estaba Cornelio, y muchos se habían reunido, les dijo: 'Vosotros sabéis cuán abominable es para un judío juntarse o acercarse a un extranjero; pero Dios me ha mostrado que a ningún hombre llame común o inmundo' (Hechos X). Así explicó aquella voz que había oído sobre los animales mostrados en el lienzo: 'Lo que Dios ha limpiado, no lo llames común'. ¿Quién no ve que en ese lienzo se significaba el mundo entero, con todas las naciones? Por eso estaba atado por las cuatro puntas, por las conocidas cuatro partes, Oriente y Occidente, Sur y Norte, que la Escritura menciona frecuentemente. Ahora bien, Pablo fue enviado a las naciones, y sería largo enumerar los lugares que recorrió sembrando la palabra de Dios y confirmando las iglesias nacidas. Cuando los judíos se opusieron a él en Antioquía, él y Bernabé les dijeron: 'Era necesario que primero se os hablara la palabra de Dios; pero ya que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí que nos volvemos a los gentiles. Porque así nos lo ha mandado el Señor: Te he puesto por luz de los gentiles, para

que seas salvación hasta los confines de la tierra'. Y sigue diciendo: 'Al oír esto, los gentiles se regocijaron y glorificaron la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban destinados a la vida eterna' (Hechos XIII, 46-48). Aquí también se menciona el testimonio del profeta Isaías, que también nosotros hemos citado, para que sea salvación hasta los confines de la tierra (Isaías XLIX, 6).

CAPÍTULO XII.---31. Para no mencionar las naciones que después de los tiempos de los Apóstoles creyeron y se unieron a la Iglesia: aquellas mismas que encontramos en las Sagradas Escrituras, en los Hechos, en las Epístolas de los Apóstoles y en el Apocalipsis de Juan, que ambos aceptamos y a las que ambos nos sometemos; que nos digan cómo perecieron por la sedición africana. Porque las hemos recibido, no de los concilios de obispos contendientes, no de disputas recientes, no de actas judiciales o municipales, sino de las Sagradas Escrituras canónicas. La Iglesia de Antioquía, donde por primera vez los discípulos fueron llamados cristianos (Hechos XI, 26), ¿cómo pudo perecer por los crímenes de los africanos? ¿Qué viento tan fuerte pudo esparcir una pestilencia tan lejos, donde ni siquiera los nombres de aquellos por quienes surgió, o de quienes surgió este mal, pudieron ser conocidos, en Atenas, Iconio, Listra? ¿Quién destruyó las iglesias fundadas por el trabajo apostólico? Al final de la Epístola a los Romanos, el mismo apóstol, doctor de los gentiles, dice: 'Os he escrito con más atrevimiento en parte, como recordándoos, por la gracia que me ha sido dada por Dios, para ser ministro de Cristo Jesús a los gentiles, consagrando el Evangelio de Dios, para que la ofrenda de los gentiles sea aceptable, santificada por el Espíritu Santo. Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús para con Dios. Porque no me atreveré a hablar de nada que Cristo no haya hecho por mí para la obediencia de los gentiles, con palabra y obra, con poder de señales y prodigios, en el poder del Espíritu Santo, de modo que desde Jerusalén y alrededor hasta Ilírico he llenado el Evangelio de Cristo' (Romanos XV, 15-19). Buscad, donatistas, si no lo sabéis, buscad desde Jerusalén por los caminos terrenales alrededor hasta Ilírico cuántas mansiones hay: si contamos tantas iglesias, decid cómo pudieron perecer por las contiendas africanas. A los corintios, a los efesios, a los filipenses, a los tesalonicenses, a los colosenses, vosotros solo tenéis las Epístolas en la lectura, pero nosotros tenemos tanto las Epístolas en la lectura y en la fe, como las mismas iglesias en la comunión. Ahora bien, Galacia no es una sola iglesia, sino innumerables en esa región. Ved cómo saludó a los corintios: 'Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y Timoteo el hermano, a la iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los santos que están en toda Acaya' (II Corintios I, 1). ¿Cuántas iglesias creéis que hay en toda Acaya? Tal vez no sabéis dónde está Acaya, y juzgáis con tanta ceguera sobre una provincia tan desconocida, que decís que pereció por los crímenes de los africanos. ¿No están llenos de iglesias florecientes todos los lugares que Pedro nombró, Ponto, Galacia, Capadocia, Asia, Bitinia (I Pedro I, 1)? ¿Qué de las iglesias a las que Juan escribió, Esmirna, Pérgamo, Sardis, Tiatira, Filadelfia, Laodicea, que son iglesias (Apocalipsis I, 11)? Ya hemos mencionado Éfeso. Que alguien de vosotros me diga dónde están, cuánto distan unas de otras. Tal vez ahora lo buscáis, o lo conocéis leyendo o escuchando. Conoced, pues, también cuán lejos están de África, y decidnos por qué las acusáis con tal temeridad sacrílega, y con tanta demencia decís que perecieron por los crímenes de los africanos. Finalmente, sé lo que está escrito sobre ellas en los santos libros canónicos: lo que vosotros decís de ellas, no lo sé. Ciertamente, así como nosotros leemos esas iglesias de Cristo en los códices que vosotros también veneráis: así también vosotros, de los códices que nosotros veneramos, leednos cómo perecieron. ¿O acaso os parece bien que creamos cualquier maldición de los hombres contra las iglesias, que son miembros de una sola Iglesia extendida por todo el mundo, que el Espíritu Santo nos ha recomendado y entregado a través de sus Escrituras? Esto os parece bien a vosotros, pero no nos parece bien a nosotros. ¿A quiénes les parece más justo, vosotros lo veis; pero vencidos

por la obstinación, no queréis ser vencidos por la verdad. Aquí están las Escrituras de Dios, aquí están en ellas las iglesias, tanto con el nombre universal de todo el mundo, como designadas y expresadas nominalmente: ¿cómo perecieron? Aquí están las Escrituras en las que creo, aquí están las iglesias con las que comulgo: donde te leo sus nombres, léeme sus crímenes.

32. Pero si clamáis o recitáis desde otro lugar, nosotros, tras la voz de nuestro pastor, claramente declarada a nosotros a través de los profetas, por su propia boca, por las bocas de los evangelistas, no admitimos, no creemos, no aceptamos vuestras voces. "Mis ovejas", dice el pastor celestial, "oyen mi voz, y me siguen" (Juan X, 27). Su voz sobre la Iglesia no es oscura. Quien no quiera errar de su rebaño, que lo escuche, que lo siga. El más fiel dispensador suyo, el Doctor de los Gentiles en fe y verdad, porque él mismo hablaba en él, dice esto: "Me maravillo de que tan pronto os hayáis alejado de aquel que os llamó por la gracia de Cristo, a otro evangelio; que no es otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. Pero si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciara otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: si alguno os predica un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema" (Gálatas I, 6-9). Se nos ha anunciado la Iglesia que estará por toda la tierra. Esto en la Ley, los Profetas y los Salmos, el mismo Señor lo ha testificado, quien predijo que comenzaría en Jerusalén y se extendería por todas las naciones, que serían sus testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta los confines de la tierra, cuando ya ascendía al cielo, lo predijo. Estas palabras fueron seguidas por los hechos. Cómo comenzó en Jerusalén, y luego se extendió a Judea y Samaria, hasta toda la tierra, donde la Iglesia aún crece, y de allí hasta el fin también las demás naciones, donde aún no está, lo obtendrá, se demuestra con las Escrituras sagradas como testigos: quien predique otro evangelio, sea anatema.

CAPÍTULO XIII.---Pero predica otro evangelio quien dice que la Iglesia ha perecido en el resto del mundo, y que ha permanecido solo en la parte de Donato en África. Por lo tanto, sea anatema. O que me lea esto en las Sagradas Escrituras, y no sea anatema.

33. Dice, pues: Porque Enoc, único entre todos los hombres, agradó a Dios y fue trasladado (Gén. V, 24); y después, cuando todo el mundo fue destruido por el diluvio, solo Noé con su esposa, hijos y nueras mereció ser liberado en el arca (Gén. VII, 1). También mencionan a Lot, que fue liberado de Sodoma solo con sus hijas (Gén. XIX, 12). Asimismo, de Abraham, Isaac y Jacob, que fueron pocos los que agradaron a Dios en una tierra dedicada a ídolos y demonios. Finalmente, ya multiplicado el pueblo de Israel, en tiempos de los reyes en la tierra prometida, que fue distribuida entre las doce tribus, recuerdan que diez tribus fueron divididas y entregadas al siervo de Salomón, mientras que dos quedaron al hijo de Salomón para el reino que estaba en Jerusalén (III Reyes XI, 11-13). Así también ahora, dicen, todo el mundo ha apostatado; pero nosotros, como aquellas dos tribus, hemos permanecido en el templo de Dios, es decir, en la Iglesia. Incluso cuando muchos discípulos seguían al Señor Jesucristo, al apostatar setenta y dos, solo doce permanecieron con Él. Con estos y otros ejemplos similares, los herejes intentan alabar su escasez y no cesan de blasfemar contra la multitud de santos de la Iglesia difundida por todo el orbe. Pero les pregunto, si (Dios no lo quiera) no quisiera creer que esos mismos ejemplos que mencionan son verdaderos, ¿cómo me convencerían? ¿No sería a partir de las Sagradas Escrituras, donde se leen con tanta claridad, que cualquiera que haya aceptado esas Escrituras en la fe no puede sino confesar que también estos son verdaderísimos? Ahora bien, si me veo obligado a creer que estos ejemplos son verdaderos porque están escritos allí, donde no podría decir que son falsos, ¿por

qué ellos no creen también en la Iglesia difundida por todo el orbe según las mismas Escrituras? He aquí que nosotros creemos en todo aquello; que ellos crean también lo que dice el Señor, que se predicará en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Que crean lo que dijo antes de ascender al cielo: Seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra (Luc. XXIV, 44-51; y Hech. I, 8, 9). Que se crea que tanto aquello como esto son verdaderos, y no quedará ninguna contienda entre nosotros; porque ni aquellas verdades impiden a estas, ni estas a aquellas. Y dicen: Creemos en esto, y confesamos que se ha cumplido; pero después el mundo apostató, y solo quedó la comunión de Donato. Que nos lean esto, como leen sobre Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, y sobre aquellas dos tribus que quedaron tras la separación de las diez, y sobre los doce apóstoles que permanecieron cuando los demás apostataron; que lo lean de la misma manera, y no resistimos. Pero si no lo leen de las Sagradas Escrituras, sino que intentan persuadirnos con sus disputas, creo en lo que se lee en las Sagradas Escrituras, no creo en lo que dicen los herejes vanos. Pero como piensan que deben compararse con aquellas dos tribus que permanecieron con el hijo de Salomón, que lean, y se arrepentirán de haber elegido esto. Pues así se mencionan en las Escrituras esos dos pueblos. La parte que estaba en Jerusalén se llama Judá; y la otra, que fue separada en mayor número con el siervo de Salomón, se llama Israel. Que lean lo que dicen los Profetas sobre ambos, cómo dicen que Judá es peor que Israel, de modo que justifican a la apóstata Israel por los pecados del prevaricador Judá (Ezequiel XVI, 51); es decir, que los pecados de este son tan graves que, en comparación, aquella debe ser llamada justa. Sin embargo, ni los pecados de este ni de aquel perjudicaron en nada a los justos, que se encuentran tanto aquí como allí. Pues incluso en esa parte, que ponen como ejemplo de perdición, es decir, en Israel, hubo santos profetas. Allí estaba el memorable Elías, por no mencionar a otros, a quien se le dijo: Me he reservado siete mil hombres que no doblaron la rodilla ante Baal (III Reyes XIX, 18). Por lo tanto, esa parte del pueblo no debe considerarse como una herejía. Pues Dios ordenó que esas tribus se separaran, no para que se dividiera la religión, sino el reino, y de esta manera se castigara al reino de Judá. Pero Dios nunca ordena que se haga un cisma o una herejía. Pues aunque en el mundo a menudo se dividen los reinos, no por eso se divide la unidad cristiana, ya que en ambas partes se encuentra la Iglesia católica.

34. Consideraré oportuno recordar esto sobre Judá e Israel, principalmente para advertir a estos que no perjudica a los justos que están en medio de los impíos, lo que se dice sobre esos pueblos debido a la multitud de impíos: para que dejen de recoger testimonios que se encuentran en los Profetas, en la boca del Señor, o en los Evangelistas, sobre la cizaña o la paja del mundo. Pues a menudo el discurso divino reprende a las turbas impías de la Iglesia, que no se consideran parte de la Iglesia, pero que, debido a los Sacramentos que tienen en común con los santos, porque tienen una cierta forma de piedad, cuya virtud niegan, como dice el Apóstol: Tienen apariencia de piedad, pero niegan su poder (II Tim. III, 5); así los reprende como si todos fueran tales, y no quedara ninguno bueno en absoluto. De ahí se nos advierte que se les llama a todos en su cierto número, es decir, a todos los hijos del infierno, a quienes Dios previó que pertenecerían. Por lo tanto, estos, actuando con ignorancia o engaño, recogen de las Escrituras cosas que se dicen sobre los malos mezclados con los buenos hasta el final, o sobre la devastación del pueblo judío anterior: y quieren torcerlas contra la Iglesia de Dios, para que parezca que ha fallado y perecido en todo el mundo. Que dejen de presentar tales cosas, si quieren responder a esta Epístola. Pues no decimos que la Iglesia se difunde por todo el mundo, de modo que en sus Sacramentos solo haya buenos, y no también malos; y que estos sean muchos más, de modo que en comparación sean pocos, aunque por sí mismos formen un gran número.

CAPÍTULO XIV.---35. Tenemos innumerables testimonios, tanto sobre la mezcla de malos con buenos en la misma comunión del sacramento; como Judas, que desde el principio fue malo entre los once buenos: y sobre la escasez de buenos, en comparación con la multitud de malos; y nuevamente sobre la multitud de buenos considerada por sí misma. De los cuales, para no alargarme, menciono algunos. En el Cantar de los Cantares, que todo cristiano reconoce dicho sobre la santa Iglesia: Como lirio entre espinas, así es mi amada entre las hijas (Cant. II, 2). ¿Por qué llama espinas, sino por la maldad de las costumbres? ¿Y por qué las llama hijas, sino por la comunión de los Sacramentos? También aquí Ezequiel ve a algunos marcados, para que no perezcan junto con los malos, de quienes se le dice: Los que gimen y se lamentan por los pecados e iniquidades de mi pueblo, que se cometen en medio de ellos (Ezequiel IX, 4). No llamaría a su pueblo, al que pronto ordena perecer con solo aquellos ilesos, si no fuera el pueblo que llevaba sus sacramentos. Y el Señor dice sobre la cizaña sembrada entre el trigo: Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega: es decir, el trigo y la cizaña. Y Él mismo interpreta que la siega es el fin del mundo; y el campo, donde se sembró ambos, es el mundo. Por lo tanto, es necesario que ambos crezcan hasta el fin del mundo. De modo que ya no se permite a estos sospechar o afirmar lo que dicen, que todos los buenos han desaparecido del mundo, para que solo en la parte de Donato queden. Pues intentan ir contra la sentencia clarísima del Señor que dice: El campo es este mundo; y, Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega; y, La siega es el fin del mundo. Hay otra similitud clarísima sobre la mezcla de malos y buenos dentro de la misma comunión y conexión de los Sacramentos, que el mismo Señor pone y expone. El reino de los cielos es semejante, dice, a una red echada al mar, que recoge toda clase de peces. Cuando está llena, la sacan a la orilla, y sentados, recogen los buenos en cestas, pero los malos los echan fuera. Así será en la consumación del siglo: saldrán los ángeles, y separarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes (Mat. XIII, 24-50). Por lo tanto, ninguna mezcla de malos asusta a los buenos, para que quieran romper las redes y salir de la congregación de la unidad, para que no sufran hombres que no pertenecen al reino de los cielos en la comunión de los Sacramentos: ya que cuando se llegue a la orilla, es decir, al fin del mundo, se hará la debida separación, no por temeridad humana, sino por juicio divino.

36. Sobre la escasez de buenos, el mismo Señor dice clarísimamente: Entrad por la puerta estrecha: porque ancha y espaciosa es la vía que lleva a la perdición; y muchos son los que entran por ella. Qué estrecha es la puerta y angosta la vía que lleva a la vida; y pocos son los que la hallan (Mat. VII, 13, 14). Los donatistas piensan que son estos pocos, y por eso dicen que el mundo ha perecido, y que ellos han permanecido en esta escasez que el Señor alabó. Cuando se comparan con ellos, les oponemos a los rogatistas o maximianistas, que se separaron de ellos, si creen que deben gloriarse en la escasez. Sin embargo, esta escasez en comparación con la multitud de malos, es alabada por el Señor; pero la multitud de buenos, cuando se considera por sí misma, no ha sido llamada por las Escrituras, que lean y vean cuántos testimonios se encuentran. ¿De dónde se promete la descendencia de Abraham, como las estrellas del cielo y como la arena del mar (Gén. XV, 5, y XXII, 17), sino por la innumerable multitud? Cuando el Apóstol dice que por eso se dijo: En Isaac te será llamada descendencia, porque no los hijos de la carne, sino los hijos de la promesa son contados como descendencia (Rom. IX, 7). ¿De dónde, Muchos hijos de la desolada, más que de la que tiene marido (Isaías LIV, 1)? ¿De dónde, Vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores (Mat. VIII, 11, 12): es decir, los impíos judíos? ¿De dónde dice el Apóstol: Para purificarnos para sí un pueblo abundante, celoso de buenas obras (Tito II, 14)? ¿De dónde el Apocalipsis dice que son millares de millares los hijos santos de la

Iglesia (Apoc. V, 11)? He aquí que se les llama muchos, que también se les llama pocos. ¿Por qué, sino muchos considerados por sí mismos; pero pocos en comparación con los inicuos?

CAPÍTULO XV.---37. Dicen: De nosotros se ha dicho, Serán primeros los que eran últimos (Mat. XX, 16). Pues el Evangelio llegó a África después: y por eso en ninguna parte de las cartas apostólicas está escrito que África haya creído. Pero de los orientales y otras naciones, que se mencionan en los santos Libros que recibieron la fe cristiana, se ha dicho: "Serán últimos los que eran primeros", porque iban a apartarse de la fe. ¿No es esta la astucia de los herejes que debe evitarse, queriendo convertir las palabras de Dios de la verdad para la que fueron dichas, a la perversidad en la que ellos están? Pues, ¿por qué no entendemos esto más bien de los judíos, que fueron hechos últimos cuando fueron primeros; y de los cristianos de entre los gentiles, que fueron hechos primeros cuando fueron últimos? Si no pudiera probar este entendimiento con algún documento más seguro, debería haber bastado para un oyente bien juzgador que encontrara una salida en estas palabras, de modo que aparezca que no han traído nada cierto para sí mismos, de modo que no se pueda dudar. Porque incluso si no fueran los judíos y los gentiles de quienes entiendo que esto se dijo; algunas naciones bárbaras también creyeron después de África; de donde es seguro que África no es la última en el orden de creer. A esto se añade que el mismo Señor, hablando a los judíos, quienes le dirán: En nuestras plazas enseñaste: Cuando veáis, dice, a Abraham, Isaac y Jacob, y a todos los profetas en el reino de Dios, y vosotros expulsados fuera: y vendrán del Oriente, y del Occidente, y del Norte, y del Sur, y se sentarán en el reino de Dios: y he aquí que son últimos los que eran primeros, y son primeros los que eran últimos (Luc. XIII, 26-30). Aquí ciertamente no se encuentra qué se contradiga.

38. También dicen que sobre la apostasía del mundo se ha dicho lo que dice el Señor: Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra? (Luc. XVIII, 8). Lo que nosotros entendemos dicho ya sea por la misma perfección de la fe, que es tan difícil en los hombres, que incluso en los santos admirables, como en el mismo Moisés (Deut. XXXII, 51), se encuentra algo donde vacilaron, o pudieron vacilar, o por aquella abundancia de inicuos, y escasez de buenos, de la que hemos hablado bastante. Pues por eso el Señor dijo esto como dudando. Porque no dijo: Cuando venga el Hijo del Hombre no encontrará fe en la tierra; sino, ¿Crees que encontrará fe en la tierra? A quien ciertamente, sabiendo y previendo todas las cosas, no le conviene dudar de algo: pero su duda figuró nuestra duda; porque debido a muchos escándalos que brotarán hacia el fin del mundo, esto era lo que la debilidad humana iba a decir alguna vez. De donde en los Salmos se dice: Mi alma se ha adormecido por el tedio, confírmame en tus palabras (Sal. CXVIII, 28). ¿Por qué, Mi alma se ha adormecido por el tedio, sino por lo que el Señor dice: Porque abundó la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos? Y ¿por qué, Confírmame en tus palabras, sino por lo que sigue: Pero el que perseverare hasta el fin, este será salvo (Mat. XXIV, 12, 13)? Por lo tanto, hay en todo el mundo, en quienes porque abundó la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos: y hay nuevamente en todo el mundo, quienes perseverando hasta el fin serán salvos: porque, Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega; y, La siega es el fin del mundo, el campo es el mundo (Mat. XIII, 30, 39, 38). De esta debilidad humana es también aquella voz: Sálvame, Señor, porque ha desaparecido el santo, porque se han disminuido las verdades de los hijos de los hombres. Y entre estos, sin embargo, hay un solo corazón, y una sola alma en Dios de los fieles clamando: Sálvame, Señor. Porque así como este hombre es uno que dice: Sálvame, Señor, que consta de muchos; poco después en el mismo salmo se dice: Por la miseria de los pobres y el gemido de los necesitados, ahora me levantaré, dice el Señor. Y nuevamente poco después se dice en plural: Tú, sin embargo, nos guardarás, y nos protegerás de esta generación para siempre (Sal. XI, 2, 6, 8). ¿De qué generación, sino de la que se dijo antes:

Ha desaparecido el santo, y se han disminuido las verdades de los hijos de los hombres? Pero ambos géneros están por todo el mundo hasta el fin: porque, Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega; y, El campo es el mundo; la siega, el fin del mundo. Pues este mismo hombre, que es el cuerpo de Cristo compuesto de muchos, como Enoc agradando a Dios será trasladado (Gén. V, 24), y como Lot de Sodoma (Gén. XIX, 12), y como Noé será liberado del diluvio (Gén. VII, 1). En él está la miseria de los pobres y el gemido de los necesitados, porque su alma se adormece por el tedio, cuando pide ser confirmado en las palabras de Dios. En ese salmo dice de dónde viene ese tedio: El tedio, dice, me ha detenido de los pecadores que abandonan tu ley (Sal. CXVIII, 53). Este mismo clama, cuando su corazón se angustia con ese tedio: pero vean de dónde clama. Desde los confines de la tierra, dice, clamé a ti, cuando mi corazón se angustió (Sal. LX, 3). Este mismo verdaderamente sufre persecución por justicia, no solo si sufre tormentos corporales; pues esto no siempre; pero lo que siempre, mientras pasa la iniquidad, sufre, a saber, el tormento del corazón, cuando el tedio lo detiene de los pecadores que abandonan la ley de Dios. Pues tampoco Lot en Sodoma sufría ninguna persecución, donde sin embargo habitando no fue molestado por penas corporales; pero con la vista y el oído, habitando justo, afligía su alma justa con las iniquidades de los demás (II Pedro II, 7). De esto dice el Apóstol: Pero también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo sufrirán persecución. De aquellos que abandonan la ley de Dios (de quienes dice el mismo cuerpo de Cristo: Vi a los insensatos, y me consumía [Sal. CXVIII, 158]): Pero los malos y los impostores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados (II Tim. III, 12, 13). Pero ambos géneros están por todo el mundo hasta el fin: porque, Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega: el campo es el mundo; la siega, el fin del mundo.

39. Sin embargo, me sorprende que estos no presten atención a lo que dicen, cuando mencionan en su favor lo que dijo el Señor: "Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?" como si África no fuera tierra. Si esto lo dijo así, como si no fuera a encontrar fe en absoluto, o lo dijo de cierta tierra y es incierto de cuál, o lo dijo de toda la tierra, y no encuentran cómo no lo dijo también de África. Ciertamente, que vean si con las palabras siguientes tocó a tales como ellos. Pues cuando dijo: "Cuando venga el Hijo del Hombre, ¿encontrará fe en la tierra?" creo que pudo subir al corazón de algunos herejes soberbios, que se separaron de la unidad del orbe en alguna parte de las tierras, el pensamiento vano e inflado de que ellos eran justos, mientras las demás naciones, por las cuales se extiende la comunión de la Iglesia, decaían y perecían en la fe; inmediatamente el Evangelista continuó: "Dijo también a algunos que se creían justos y despreciaban a los demás, esta parábola." Y sigue sobre aquellos dos que oraban en el templo, el fariseo y el publicano (Lucas XVIII, 8-14): en los cuales se figuran la jactancia soberbia de las buenas obras y la humilde confesión de los pecados. Dejen, pues, de mencionar estos testimonios, si se preparan a responder a esta Epístola, que nosotros mismos también mencionamos, ya sea en la perdición de los judíos, o en la cizaña, o en la paja, o en los peces malos de todo el mundo. Y así como hemos afirmado con testimonios clarísimos que la Iglesia está difundida por todo el orbe, que ellos también presenten algo manifiesto, de donde muestren que está predicho que, pereciendo las demás naciones en la fe de Cristo, solo África permanecerá, y dondequiera que los obispos fueran enviados desde África.

CAPÍTULO XVI.---40. Está escrito, dicen, en el Cantar de los Cantares, cuando la esposa, es decir, la Iglesia, dice al esposo: "Dime, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía." Este es el único testimonio que creen que resuena a su favor, porque África está situada en la parte meridional del orbe. Por lo tanto, primero pregunto, ¿cómo pregunta la Iglesia a Cristo que le anuncie dónde está la Iglesia? Pues no hay dos, sino una sola. O que ellos muestren, ya que no niegan que estas palabras las dice la Iglesia a Cristo, cuál es la

Iglesia que pregunta y cuál es la Iglesia de la que pregunta. Pues pregunta a dónde debe ir a su esposo, y le dice: "Dime, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía." Pues aún es la misma Iglesia la que habla y pregunta dónde está la Iglesia al mediodía. Pues no pregunta: "¿Dónde pastoreas, dónde descansas?" y se le responde: "Al mediodía"; como si el esposo respondiera: "Al mediodía pastoreo, al mediodía descanso": sino que todas estas palabras pertenecen a la pregunta: "¿Dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía?" Pues aún ella dice: "No sea que me convierta como una cubierta sobre los rebaños de tus compañeros." Ahora bien, él responde: "Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres" (Cant. I, 6, 7), y lo demás. Por lo tanto, no se muestra con estas palabras que la Iglesia esté solo en la parte meridional: sino que, estando constituida en otras partes del mundo, pregunta tal vez qué pertenece a su comunión en el mediodía, es decir, dónde su esposo pastorea y descansa al mediodía; porque pastorea a los suyos y en los suyos descansa. Pues vienen algunos de sus miembros, es decir, buenos fieles de partes transmarinas a África, y cuando oyen que aquí está la parte de Donato, temiendo caer en manos de algún rebautizador, invocan a Cristo orando y diciendo: "Dime, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía," es decir, quiénes son el mediodía donde tú pastoreas y descansas, es decir, quiénes tienen caridad y no dividen la unidad. Y mira lo que añaden: "No sea que me convierta como una cubierta sobre los rebaños de tus compañeros": es decir, no sea que, como oculta e ignorada y no revelada, esto es, cubierta, me convierta, no sobre tu rebaño, sino sobre los rebaños de tus compañeros, que cuando primero estaban contigo, quisieron recoger fuera, no tu rebaño, sino sus rebaños; ni escucharon lo que dijiste: "El que no recoge conmigo, desparrama" (Mat. XII, 30); ni lo que dijiste a Pedro: "Apacienta mis ovejas" (Juan XXI, 17), no las tuyas. Pero esta no está cubierta, porque no está bajo el celémín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Y de ella se ha dicho: "No puede ocultarse una ciudad situada sobre un monte" (Mat. V, 15, 14). Pero para los donatistas está como cubierta, que oyen testimonios tan claros y manifiestos que la muestran por todo el orbe; y prefieren tropezar con los ojos cerrados en el monte, que subir a él; que cuando fue cortada una piedra del monte sin manos, creció y se hizo un monte grande, y llenó toda la tierra (Dan. II, 34, 35).

41. También puede entenderse de otro modo: "¿Dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía?" Pues es su voz en los Salmos desde la persona de Moisés, siervo de Dios: "Hazme conocer tu diestra, y a los instruidos de corazón en sabiduría" (Sal. LXXXIX, 12). Pues en ellos se dice mediodía, por la inmensa luz de la sabiduría y el inmenso ardor de la caridad. De donde, cuando el Espíritu de Dios exhortaba a alguien a las buenas obras por medio del Profeta, también le promete esto: "Y tus tinieblas serán como el mediodía" (Isa. LVIII, 10). Pero si se entendiera algún lugar del mundo, lo que se dijo, "al mediodía"; sin embargo, las mismas palabras, como dije, que todas hacen una sola pregunta, de ningún modo permitirían a nadie torcer esta sentencia a su sentido. Y si como a quien pregunta dónde pastorea y dónde descansa, se respondiera de un lugar terrenal, "Al mediodía"; no deberíamos inmediatamente entender África. Pues África está en una parte meridional del mundo, pero hacia el suroeste, no hacia el sur donde verdaderamente está el mediodía. Pues allí el sol hace el mediodía, bajo cuya región del cielo se encuentra más bien Egipto. Si, pues, el esposo, interrogado por la esposa como de un lugar familiarmente amado, y de un lecho secreto suyo, respondiera estar al mediodía; mucho más probablemente la Iglesia católica lo reconocería en estos sus miembros, que están en Egipto en miles de siervos de Dios, que viven en el desierto en santa sociedad, esforzándose por mantener la perfección del precepto evangélico, donde se dijo: "¿Quieres ser perfecto? Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; y ven, sígueme" (Mat. XIX, 21). Pues cuánto mejor allí se diría que el Hijo de Dios pastorea y descansa, es decir, reposa, en secreto, que en las

turbas inquietas de los furiosos Circunceliones, que es un mal propio de África. Pues de Egipto así profetiza Isaías: "En aquel día habrá altar del Señor en la tierra de Egipto, y título a sus confines para el Señor, y será por señal eterna para el Señor en la tierra de Egipto. Porque clamarán al Señor contra los que les oprimían: y el Señor les enviará un hombre que los salve, juzgando los guardará. Y el Señor será conocido de los egipcios: y temerán los egipcios al Señor en aquel día, y harán sacrificios, y prometerán votos al Señor, y los cumplirán. Y el Señor herirá a los egipcios con plaga, y los sanará con su misericordia, y se convertirán al Señor, y los escuchará, y los sanará" (Isa. XIX, 19-22). ¿Qué dicen a esto? ¿Por qué no comunican con la Iglesia, que está predicha, de los egipcios? O si Egipto significa el mundo en la prefiguración profética, ¿por qué no comunican con la Iglesia del orbe?

42. Por tanto, que escudriñen las Escrituras, y contra tantos testimonios, que muestran que la Iglesia de Cristo se difunde por todo el orbe, que presenten al menos uno tan cierto y tan manifiesto como aquellos, por el cual demuestren que la Iglesia de Cristo ha perecido de las demás naciones, y ha permanecido solo en África, como si de otro inicio, no de Jerusalén, sino de Cartago, donde primero levantaron un obispo contra otro obispo. Si queremos entender a Donato como príncipe de Tiro, porque Tiro es el sobrenombre de Cartago, ¿qué se profetiza de él por Ezequiel? Donde principalmente se le designa, cuando se le dice: "Te mostraré que eres hombre y no Dios." Pues estos se glorían más en el nombre de este que en el de Dios. Y siendo solo Dios sin pecado, y aquel sacerdote que intercede por nosotros, porque también de él se ha dicho: "Que es sobre todo Dios bendito por los siglos" (Rom. IX, 5): estos imitadores de Donato quieren parecer tan sin pecado, que también se afirman justificadores de los hombres, y su aceite que no es aceite de pecador (Sal. CXL, 5). Con razón se dice al príncipe de Tiro: "Dijiste, soy Dios: pero eres hombre, y no Dios. A quien también se le dice: ¿Eres tú mejor que Daniel?" (Ezeq. XXVIII, 2-9). Pues Daniel confiesa sus pecados, y los pecados de su pueblo (Dan. IX, 20): pero estos pertenecientes al príncipe de Tiro, dicen que son escuchados orando por los pecados del pueblo, porque ellos son sin pecado. Con razón se dice al príncipe de Tiro: "¿Eres tú mejor que Daniel?" He aquí que podemos encontrar algo propio, y este gran mal surgido desde la cabeza de África, es decir, Cartago. Pues los hombres saben cuán congruentemente se toma Tiro por Cartago, y sin embargo no actuamos con tales; tal vez Tiro signifique algo más: cuánto más el mediodía, cuando las mismas palabras obligan a otro entendimiento.

43. Pero que no se les permita al menos buscar algo con lo que prueben que está predicho, que pereciendo las demás naciones en la fe cristiana, la Iglesia permanecerá solo en África: que atiendan a lo que he mencionado a menudo, que ambos crecen hasta la siega, y que el campo es el mundo, la siega el fin del siglo (Mat. XIII, 30, 38, 39), no nosotros, sino el mismo Señor interpretando su parábola. Hay también otra cosa muy evidente, que les quita completamente el trabajo de buscar de dónde prueben que la Iglesia, perdido el mundo, ha sido reducida solo a los africanos. Pues algo puede ser, y no encontrarse: pero no ser, y encontrarse, no puede. Dejen, pues, de buscar lo que no podrán encontrar, no porque esté oculto, sino porque no es. Pues aún hay algunas naciones en las que no se ha predicado el Evangelio; pero es necesario que se cumplan todas las cosas que están predichas de Cristo y la Iglesia: por lo tanto, es necesario que también en ellas se predique.

CAPÍTULO XVII.---¿Cómo, pues, dicen estos que ya se ha cumplido lo que el Señor dijo, "predicar en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Luc. XXIV, 47): pero después, pereciendo las demás, solo África ha permanecido para Cristo; cuando aún eso debe cumplirse, no se ha cumplido? Pero cuando se haya cumplido, vendrá el fin. Pues así dijo el Señor: "Y será predicado este

Evangelio del reino en todo el mundo, en testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin" (Mat. XXIV, 14). ¿Cómo, pues, cuando se cumplió la fe de todas las naciones, entonces siguió la perdición de las naciones excepto África? Cuando la misma fe de todas las naciones aún no se ha cumplido.

44. A menos que tal vez esto quede de la locura de los hombres, que digan que no de aquellas Iglesias, que fueron fundadas por los trabajos de los Apóstoles, se cumple la predicación del Evangelio en todas las naciones, sino que, pereciendo ellas, su reparación será desde África por la parte de Donato, y la adquisición de las naciones restantes. Creo que incluso ellos se ríen cuando oyen esto: y sin embargo, a menos que digan esto, lo que se avergüenzan de decir, no tienen absolutamente nada que decir. Pero, ¿qué nos importa? No envidiamos a nadie. Que nos lean esto de las Escrituras santas, y creemos: esto, digo, que nos lean del canon de los Libros divinos, que tantas ciudades, que hasta el día de hoy han mantenido el Bautismo consignado por los Apóstoles, han perecido de la fe de Cristo por crímenes desconocidos de los africanos, y que deben ser nuevamente bautizadas por la parte de Donato, y desde allí predicar el Evangelio a las demás naciones que aún no han oído. Que nos lean esto: ¿por qué se demoran? ¿por qué tergiversan? ¿por qué impiden la salvación de las naciones? Que lean esto, y con la misma lectura envíen nuevos apóstoles a tantas naciones para ser rebautizadas y a las restantes para ser bautizadas.

45. Pero claramente que vean, cuando lleguen a los colosenses, cómo allí leen o escuchan la Epístola dada a ellos, donde el Apóstol les dice: "Damos gracias a Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, siempre orando por vosotros; oyendo de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos los santos, por la esperanza que está reservada para vosotros en los cielos; la cual antes oísteis en la palabra de verdad del Evangelio, que ha llegado a vosotros, como en todo el mundo está fructificando y creciendo, como también en vosotros desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad" (Col. I, 3-6). Pues estas palabras concuerdan con el Evangelio, donde se dijo: "El reino de los cielos es semejante a un hombre que siembra buena semilla en su campo." Y después se expone que el campo es este mundo. Pues así como esto, desde que se sembró, se predijo que crecería hasta la siega: así también el Apóstol dice, "en todo el mundo fructificando y creciendo, como también en vosotros desde el día que oísteis." Pero crece hasta el fin, porque hasta la siega. Pues la siega es el fin del siglo (Mat. XIII, 24, 30, 38, 39). Dirán, pues, no solo los colosenses, a quienes se dio, sino también todos los demás donde se lee esta Epístola, donde por las cartas apostólicas consta que la buena semilla fue sembrada, y ya entonces comenzó a crecer y fructificar: ¿Qué nos traen de nuevo? ¿Acaso debe sembrarse nuevamente la buena semilla, cuando desde que se sembró, crece hasta la siega? Si dicen que ha perecido en esos lugares lo que fue sembrado por los Apóstoles, y por eso debe ser nuevamente sembrado desde África; se responderá: Léannos esto de los oráculos divinos: lo cual ciertamente no pueden leer, a menos que primero muestren que es falso lo que está escrito, que la semilla allí antes sembrada crece hasta la siega. Y porque de ningún modo las palabras divinas se contradicen a sí mismas, de ningún modo encontrarán en ellas, lo que puedan recitar contra esto tan manifiesto. Por lo tanto, queda que no de los libros divinos, sino de ustedes mismos digan estas cosas. Por tanto, dignamente se responderá: Sean anatema. Pues las Iglesias fundadas por el trabajo apostólico, con cuánta diligencia se les ha predicho: "Si alguien os predica un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema" (Gál. I, 9).

CAPÍTULO XVIII.---46. Pues ya que en las Escrituras santas la Iglesia se reconoce manifiestamente, comenzando desde Jerusalén, y creciendo por otras naciones, hasta que ocupe todas hasta el fin del siglo, no solo se mencionan los granos, sino también sus impurezas: primero corregidos, comuniquen con los granos, y entonces verán qué deben decir

sobre la cizaña, o la paja. De lo contrario, se ven obligados por un error detestable a adornar a los malos con alabanzas de los buenos, y a acusar a los buenos con crímenes de los malos. Pues en nuestras manos llevamos documentos, con los cuales probamos que sus mayores, cuyo cisma siguen, y en los Actos municipales entregaron los Libros santos al fuego, y no pudieron negar en los eclesiásticos, y que fueron jueces entre aquellos que en Cartago dictaron sentencias contra Ceciliano y sus colegas ausentes. Pues los mismos se leen en los Actos tanto municipales como eclesiásticos como traidores, que después se presentan por ustedes como condenadores de traidores ausentes. Pues Nundinario, diácono de su tiempo, ante Zenófilo consular, reveló todas las negociaciones de Lucila, que compró la condenación de Ceciliano a los obispos, que se había hecho enemigo de él, predicando la verdad. Pues ellos mismos después dieron cartas al emperador Constantino, y habiéndoles dado, como habían pedido, jueces obispos para dirimir, no consintieron, y después los acusaron ante él como jueces inicuos, y habiéndoles dado otros a ellos en Arlés, apelaron al mismo Emperador, y oyendo él entre las partes, fueron hallados calumniadores y condenados, permanecieron en la misma pertinacia de furor. Pues ustedes mismos, que por eso dicen que la santidad cristiana de tantas naciones, en las cuales los Apóstoles la dejaron bien fundada, ha sido completamente borrada, porque comunicaron con aquellos, que sus mayores condenaron en el concilio de setenta obispos en Cartago; ¿no comunican ahora con aquellos, que condenaron en el concilio de trescientos diez en Bagaia con Maximiano? ¿No es cierto que Pretéxtato de Assuras, condenado en el mismo concilio, se lee en los Actos proconsulares acusado y combatido por ustedes; y sin embargo, en lo que fue condenado, fue recibido en honor, y murió en su comunión? ¿No es cierto que Feliciano de Musti, condenado de la misma manera, en la misma causa, en el mismo concilio por los obispos, acusado ante los jueces, después fue recibido por ustedes, y ahora vive como obispo con ustedes? ¿No es cierto que aquellos, que fueron bautizados por estos condenados, ahora comunican con ustedes en el mismo Bautismo? Pero, evidentemente, tantas Iglesias transmarinas fundadas por el trabajo apostólico, si comunican los Sacramentos con aquellos, que ni acusados entre ellos mismos condenaron, y después oyeron purgados y absueltos por otros, pierden la salvación y la religión cristiana: pero la parte de Donato condena a quienes quiera, y en la misma condenación exagera los sacrilegios de su cisma, de tal manera que no duda en compararlos con aquellos que la tierra tragó vivos, y nuevamente cuando quiera, recibidos en el mismo honor, comunica con ellos, y permanece santa e íntegra. ¡Oh regla del derecho numídico! ¡Oh privilegios de Vagaitana! Y el Bautismo de Cristo es exhalado en aquellos que lo recibieron en las Iglesias apostólicas: pero en aquellos que los condenados sacrílegos, como está escrito en el concilio de Bagaia, Pretéxtato y Feliciano bautizaron, se perdona el Bautismo de Cristo; no porque sea el Bautismo de Cristo, sino porque fue dado por aquellos, que merecieron retirarse de sus condenadores obispos, y regresar a sus condenadores obispos.

47. En efecto, todo esto que he estado mencionando durante tanto tiempo, lo recitamos a partir de cartas reales, y de los Hechos eclesiásticos, municipales y proconsulares: sin embargo, oh donatistas, si vosotros mantuvierais la Iglesia extendida por todo el mundo, que está designada y expresada con los testimonios más claros de las Escrituras canónicas, nada de todo esto debería tener valor contra vosotros: porque ni los crímenes de la paja os perjudicarían, si vosotros fuerais el trigo en ella; ni si vosotros fuerais la paja, y vuestros fueran los crímenes, perjudicaríais en algo al trigo de la cosecha del Señor, que ha sido sembrado en el campo del Señor para crecer hasta la cosecha; es decir, que ha sido sembrado en el mundo para crecer hasta el fin del siglo. Por lo tanto, si acaso, lo que nunca nos habéis probado, presentarais tales documentos contra nuestra paja, y nosotros no tuviéramos contra vosotros todos esos que he mencionado: aun así, nada perjudicaría a nuestros trigos

extendidos por todo el mundo cualquier cosa que dijerais contra su paja, por más verdadera, manifiesta y probada que fuera. Por lo tanto, que se eliminen todas las dilaciones evasivas. Cualquier cosa falsa que se objete sobre los pecados de los hombres, que se confronte con la conciencia, y no se objete. Cualquier cosa verdadera que se objete sobre los pecados de los hombres, y que no pueda probarse, o que no pudo probarse cuando debió, no se objete. Cualquier cosa verdadera y probada que se objete sobre los pecados de los hombres, y que no pertenezca al trigo que yace oculto entre la paja, sino a la misma paja que será separada al final, no se objete. Porque nosotros también podemos objetar mucho más abundantemente y con más razón, no con la vacuidad con la que ellos lo hacen, para establecer nuestra causa en ellos: sino para mostrarles que no nos negamos a confiar en tales cosas porque no encontramos tales cosas que decir, sino para no gastar el tiempo útil para asuntos necesarios en asuntos innecesarios. Ellos hacen esto porque no pueden encontrar documentos robustos y firmes basados en la verdad para defender su causa; y quieren parecer que dicen algo, mientras se avergüenzan de callar, y no se avergüenzan de hablar vanidades. Por lo tanto, eliminando todas estas cosas, que demuestren su Iglesia, si pueden, no en las palabras y rumores de los africanos, no en los concilios de sus obispos, no en las cartas de cualquier disputador, no en señales y prodigios engañosos, porque también contra estas cosas hemos sido preparados y advertidos por la palabra del Señor: sino en el precepto de la Ley, en las predicciones de los Profetas, en los cánticos de los Salmos, en las voces del único Pastor, en las predicaciones y trabajos de los Evangelistas, es decir, en todas las autoridades canónicas de los Libros sagrados. Y no de tal manera que recojan y mencionen aquellas cosas que han sido dichas de manera oscura, ambigua o figurada, que cada uno interprete como quiera, según su propio sentido. Porque tales cosas no pueden ser entendidas y expuestas correctamente, a menos que primero se mantengan con firme fe aquellas que han sido dichas de manera clarísima.

48. Por lo tanto, a cualquiera que se prepare para responder a esta Carta, le advierto de antemano que no me diga: Aquellos entregaron los códices del Señor al fuego, aquellos sacrificaron a los ídolos de las naciones, aquellos nos hicieron una persecución muy injusta; y vosotros consentisteis con ellos en todo. Respondo brevemente, como he respondido muchas veces: O decís cosas falsas; o si son verdaderas, no pertenecen al trigo de Cristo, sino a la paja de ellos, de la que habláis. La Iglesia no perece por eso, que será purificada en el último juicio por la separación de todos estos. Yo busco la misma Iglesia, dónde está, que al escuchar las palabras de Cristo y hacerlas, edifica sobre la roca; y al escuchar y hacer, tolera a aquellos que al escuchar y no hacer, edifican sobre la arena (Mat. VII, 24-27): dónde está el trigo, que crece entre la cizaña hasta la cosecha (Id. XIII, 30); no lo que hicieron o hacen las mismas cizañas: dónde está la esposa de Cristo en medio de las hijas malas, como un lirio entre espinas (Cant. II, 2); no lo que hicieron o hacen las mismas espinas: dónde están los peces buenos, que hasta llegar a la orilla, toleran a los peces malos atrapados juntos (Mat. XIII, 47, 48); no lo que hicieron o hacen los mismos peces malos.

CAPÍTULO XIX.---49. Dejando de lado estas trampas de dilación, que muestre la Iglesia ya sea solo en África, retenida con la pérdida de tantas naciones, o restaurada y completada desde África en todas las naciones: y que lo muestre de tal manera que no diga, Es verdad, porque yo lo digo, o porque lo dijo aquel colega mío, o aquellos colegas míos, o aquellos obispos, o clérigos, o laicos nuestros, o es verdad porque Donato o Poncio, o cualquier otro, hizo tales y tales maravillas, o porque la gente ora en las memorias de nuestros muertos, y son escuchados, o porque tales y tales cosas suceden allí, o porque aquel hermano nuestro, o aquella hermana nuestra tuvo tal visión despierto, o tal visión soñando. Que se eliminen estas ficciones de mentiras humanas, o portentos de espíritus engañosos. Porque o no son

verdaderas las cosas que se dicen, o si algunos hechos maravillosos han sido realizados por herejes, debemos tener más cuidado: porque cuando el Señor dijo que algunos serían engañadores, que haciendo algunas señales, incluso engañarían a los elegidos, si fuera posible, añadió recomendando vehementemente, y dijo, Mirad que os lo he predicho (Id. XXIV, 25). Por lo cual también el Apóstol advirtiendo: El Espíritu, dice, manifiestamente dice que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus seductores y doctrinas de demonios (I Tim. IV, 1). Además, si alguien orando en las memorias de los herejes es escuchado, no recibe el bien o el mal por el mérito del lugar, sino por el mérito de su deseo. Porque el Espíritu del Señor, como está escrito, llenó el orbe de la tierra; y, El oído del cielo escucha todo (Sap. I, 7, 10). Y muchos son escuchados por Dios enojado: de los cuales dice el Apóstol, Dios los entregó a las concupiscencias de sus corazones (Rom. I, 24). Y a muchos Dios propicio no les concede lo que quieren, para concederles lo que es útil. Por lo cual el mismo apóstol dice sobre el aguijón de su carne, el ángel de Satanás, que dice que le fue dado para que lo abofeteara, para que no se exaltara por la grandeza de las revelaciones: Por lo cual tres veces rogué al Señor que lo apartara de mí. Y me dijo: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 7-9). ¿Acaso no leemos que algunos fueron escuchados por el mismo Señor Dios en las alturas de los montes de Judea, que sin embargo desagradaban tanto a Dios, que los reyes que no los derribaban eran culpados; y los que los derribaban, eran alabados? Por lo cual se entiende que vale más el afecto del que pide, que el lugar de la petición. Sobre las visiones engañosas, lean lo que está escrito, y que el mismo Satanás se transfigura como ángel de luz (Id. XI, 14), y que muchos fueron seducidos por sus sueños (Eccli. XXXIV, 7). Escuchen también lo que narran los paganos sobre sus templos y dioses, hechos o vistos maravillosamente: y sin embargo, los dioses de los gentiles son demonios, pero el Señor hizo los cielos (Psal. XCV, 5). Por lo tanto, muchos son escuchados de muchas maneras, no solo los cristianos católicos, sino también los paganos, y los judíos, y los herejes, dedicados a varios errores y supersticiones. Son escuchados ya sea por espíritus engañadores; que sin embargo no hacen nada, a menos que se les permita por Dios, quien juzga de manera sublime e inefable qué debe ser concedido a cada uno: o por el mismo Dios, ya sea para castigo de la maldad, o para consuelo de la miseria, o para advertencia de buscar la salvación eterna. Pero a esa misma salvación y vida eterna nadie llega, sino quien tiene a Cristo como cabeza. Y nadie puede tener a Cristo como cabeza, sino quien está en su cuerpo, que es la Iglesia, que debemos reconocer en las Escrituras sagradas canónicas, no buscar en los diversos rumores, opiniones, hechos, dichos y visiones de los hombres.

50. Por lo tanto, que nadie me oponga estas cosas, quien esté preparado para responderme: porque tampoco digo que por eso se deba creer que la comunión de Donato no es la Iglesia de Cristo, porque algunos que fueron obispos entre ellos, están convictos en los Hechos eclesiásticos, municipales y judiciales de haber entregado los instrumentos divinos al fuego; o porque en el juicio de los obispos, que habían solicitado al Emperador, no obtuvieron su causa; o porque apelando al mismo Emperador, también recibieron de él una sentencia contraria; o porque tales son entre ellos los príncipes de los Circunceliones; o porque los Circunceliones cometen tantos males; o porque hay entre ellos quienes se precipitan por abismos, o se entregan a las llamas que ellos mismos han encendido, o extorsionan su propia matanza incluso a personas que no quieren, aterrorizándolas, y buscan tantas muertes espontáneas y furiosas, para ser venerados por los hombres; o porque en sus sepulcros, multitudes de borrachos de vagabundos y vagabundas, con mezclada maldad, se entierran día y noche en vino, y se corrompen con escándalos. Que toda esta multitud sea su paja; no perjudique al trigo, si ellos tienen la Iglesia. Pero si ellos tienen la Iglesia, que lo demuestren solo con los libros canónicos de las Escrituras divinas: porque tampoco decimos que se deba

creer que estamos en la Iglesia de Cristo, porque la que tenemos fue recomendada por Optato de Milevi, o Ambrosio de Milán, o innumerables otros obispos de nuestra comunión; o porque fue predicada en los concilios de nuestros colegas; o porque en todo el mundo, en los lugares santos que frecuenta nuestra comunión, se realizan tantos milagros de audiciones o sanidades, de tal manera que los cuerpos de mártires ocultos durante tantos años, como pueden escuchar muchos preguntando, fueron revelados a Ambrosio, y ante esos cuerpos un ciego de muchos años, muy conocido en la ciudad de Milán, recibió la vista; o porque aquel tuvo un sueño, y aquel fue llevado en espíritu, ya sea para no ir a la parte de Donato, o para apartarse de la parte de Donato. Cualquiera de estas cosas que suceden en la Católica, son aprobadas porque suceden en la Católica; no por eso se manifiesta la Católica, porque estas cosas suceden en ella. El mismo Señor Jesús, cuando resucitó de entre los muertos, y ofreció su cuerpo para ser visto por los ojos de los discípulos y tocado por sus manos, sin embargo, para que no pensarán que sufrían algún engaño, juzgó que debían ser más confirmados con los testimonios de la Ley, los Profetas y los Salmos, mostrando que se habían cumplido en él las cosas que habían sido predichas tanto tiempo antes. Así también recomendó su Iglesia diciendo: Se predicará en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Esto en la Ley, los Profetas y los Salmos está escrito, él mismo lo testificó (Luc. XXIV, 44-47): esto lo tenemos recomendado por su boca. Estos son los documentos de nuestra causa, estos son los fundamentos, estos son los firmamentos.

51. Leemos en los Hechos de los Apóstoles que se dijo de algunos creyentes, que diariamente escudriñaban las Escrituras, para ver si estas cosas eran así (Act. XVII, 11): ¿qué Escrituras, sino las canónicas de la Ley y los Profetas? A estas se añadieron los Evangelios, las Epístolas apostólicas, los Hechos de los Apóstoles, el Apocalipsis de Juan. Escudriñad todo esto, y sacad algo manifiesto, con lo que demostréis que la Iglesia ha permanecido solo en África, o que desde África será cumplido lo que el Señor dice: Este Evangelio del reino será predicado en todo el mundo como testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin (Matth. XXIV, 14). Pero presentad algo que no necesite intérprete, ni de lo que se os pueda convencer que se dijo de otra cosa, y que intentáis torcerlo a vuestro sentido. Porque veis que el único pasaje que soléis presentar, ¿Dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía? (Cant. I, 6); cómo, al examinar todas las palabras de ese lugar, indica algo muy diferente de lo que pensáis. Y si sonara lo que queréis, los maximianistas os vencerían en ello. Porque más meridional es la Provincia, Bizacena, Trípoli, donde ellos están, quienesquiera que sean, que Numidia, donde vosotros prevalecéis. Así que ellos pueden gloriarse más genuinamente y distintivamente del mediodía, de modo que no podréis excluirlos de esta sentencia, a menos que mantengáis el verdadero y católico sentido en esas palabras, mostrando que, según los cuatro ángulos del orbe, el mediodía es más al sur que al oeste; según las locuciones figuradas de las Escrituras, la perfecta iluminación de la mente, y el máximo fervor de la caridad, se llama mediodía; de donde está escrito, Y tus tinieblas serán como el mediodía (Isai. LVIII, 10). Por lo tanto, presentad algo que no se interprete más verdaderamente contra vosotros; sino que no necesite intérprete en absoluto. Como no necesita intérprete, En tu simiente serán bendecidas todas las naciones (Gen. XXII, 18): porque el Apóstol interpreta que la simiente de Abraham es Cristo (Galat. III, 16). Como no necesita intérprete, Porque serás llamada mi voluntad, y tu tierra el orbe de la tierra (Isai. LXII, 4): porque se dice a ella, que ningún cristiano entiende sino como la Iglesia de Cristo. Como no necesita intérprete, Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra, y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones; porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones (Psal. XXI, 28, 29): porque se dice en ese salmo, donde también se declara la pasión del Señor con el testimonio del Evangelio (Matth. XXVII, 35, y Joan. XIX, 24). Como no

necesita intérprete, Porque era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén (Luc. XXIV, 46, 47). Como no necesita intérprete, Y me seréis testigos en Jerusalén, y en toda Judea, y Samaria, y hasta los confines de la tierra (Act. I, 8). Porque el comienzo de la Iglesia desde Jerusalén, y su expansión por Judea, Samaria, y las demás naciones, lo atestiguan los hechos consecuentes confirmados por documentos canónicos. Como no necesita intérprete, Y este Evangelio del reino será predicado en todo el mundo como testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin. Porque el Señor, interrogado sobre el fin de este siglo, después de haber dicho algunas cosas como principios de dolores, dijo: Pero aún no es el fin (Matth. XXIV, 14, 8, 6). Predijo que el fin vendría después de la predicación del Evangelio en todo el mundo a todas las naciones. Como no necesita intérprete, Dejad que ambos crezcan juntos hasta la cosecha: porque cuando necesitaba intérprete, el mismo Señor lo interpretó; y él mismo explicó, a quien nadie puede contradecir, especialmente en esa parábola que fue pronunciada por él: y él dijo que la buena semilla son los hijos del reino; el campo, el mundo; la cosecha, el fin del siglo (Id. XIII, 30, 38, 39). Presentad algo así, al menos uno, que declare clarísimamente a África, ya sea sola dejada, o sola reservada para el principio de la renovación y cumplimiento del orbe. Porque no se recomendaría con tantos testimonios lo que estaba destinado a perecer pronto, y se callaría así, o lo que estaba destinado a ser dejado solo, o de lo que solo se restauraría y completaría todo. Pero si no podéis mostrar lo que tan justamente os pedimos; cede a la verdad, callad, dormid, despertad del furor a la salvación.

52. ¿O todavía decís: Si la Iglesia está con vosotros, por qué nos forzáis a su paz persiguiéndonos? o si somos malos, ¿por qué nos buscáis? Y si somos cizaña, dejadnos crecer hasta la cosecha. Como si nosotros, de las maneras que podemos, hiciéramos otra cosa que no sea para que el trigo no sea arrancado junto con la cizaña, mientras se separa antes de tiempo. Porque cualquiera que sea bueno para siempre, aunque sea malo por un tiempo, no es cizaña, sino trigo en la presciencia de Dios. Pero nos acusáis de buscaros si sois malos, como si no hubierais perecido en lo que sois malos, y por eso debéis ser buscados, porque habéis perecido, para que seáis buscados como perdidos, encontrados como buscados, y llamados como encontrados, como aquella oveja por el pastor, como aquella dracma por la mujer, como aquel hijo que estaba muerto y revivió, estaba perdido y fue encontrado (Luc. XV). Porque él os busca, quien habita en los santos, y manda que seáis buscados.

CAPÍTULO XX.---53. Sobre vuestra queja de persecución se calmará, si pensáis y entendéis primero, que no toda persecución es culpable: de lo contrario, no se diría laudablemente, Al que calumniaba a su prójimo en secreto, a este perseguía (Psal. C, 5). Porque diariamente vemos a un hijo quejarse de su padre como de su perseguidor; y a una esposa de su marido, y a un siervo de su amo, y a un colono de su propietario, y a un reo de su juez, y a un soldado o provincial de su duque o rey; cuando ellos, con poder muy ordenado, prohíben y reprimen a los hombres sujetos a ellos de males más graves mediante terrores de penas más leves; pero a veces también los disuaden de la buena vida y de las buenas acciones amenazando y actuando con violencia: pero cuando prohíben el mal y lo ilícito, son correctores y consejeros; pero cuando prohíben lo bueno y lo lícito, son perseguidores y opresores. También se culpa a quienes prohíben el mal, si la medida de la coerción excede la medida del pecado. Asimismo, son justamente culpables quienes irrumpen de manera desordenada y tumultuosa en aquellos que no están sujetos a ninguna ley.

54. Por lo tanto, justamente reprendemos las licencias desordenadas y las locuras arrogantes de vuestros Circumceliones, incluso cuando son violentos con algunos de los peores: porque

no es bueno vengar lo ilícito de manera ilícita, ni disuadir de lo ilícito de manera ilícita. Pero cuando persiguen a inocentes o a aquellos cuya causa es desconocida, o por enemistades sumamente injustas, ¿quién no se horrorizaría ante sus latrocinios más criminales? Sin embargo, no criticamos que consideraran necesario reprimir el furor de los Maximianistas con las leyes públicas, para que, mediante órdenes de los jueces, la ejecución de los Oficios y la ayuda de las ciudades, fueran expulsados de las basílicas que ocupaban, y así se vieran obligados a considerar su crimen; salvo porque los atacaron por lo mismo que ustedes hicieron, aunque de manera mucho más leve. Pues ellos lo hicieron contra la parte de Donato, mientras que ustedes lo hicieron contra el mundo entero y contra las palabras de aquel que recomendó su Iglesia comenzando desde Jerusalén a todas las naciones, erigiendo un altar de disensión sacrílega. Ahora bien, si los Maximianistas se atrevieran a resistir ilícita y furiosamente las órdenes de los jueces obtenidas contra ellos, ¿no se estarían condenando a sí mismos? Como dice el Apóstol, "Quien resiste a la autoridad, resiste a la ordenación de Dios; y los que resisten, ellos mismos se condenan, porque los príncipes no son para temor del buen obrar, sino del malo" (Rom. XIII, 2, 3). Por lo tanto, si su obra era mala, y ustedes intentaban reprimirla mediante las autoridades ordenadas; si ellos quisieran oponerse a las leyes con una obra peor por su mala obra, ¿acaso sufrirían el mal que les ocurriera por ustedes y no por ellos mismos? Así como cualquiera que hubiera querido blasfemar contra Dios en el caso de Sidrac, Misac y Abdenago, y fuera destruido junto con su casa según el edicto del rey (Dan. III, 96); ¿acaso sufrirían ese mal por esos tres hombres, a quienes el rey, conmovido por su liberación del fuego, había decretado aquello, o incluso por el mismo rey, y no más bien por ellos mismos? Si también aquellos cuarenta judíos que habían conspirado para matar a Pablo hubieran atacado a los armados que lo escoltaban con protección ordenada (Hech. XXIII, 12-33), ¿acaso Pablo los habría matado, y no ellos mismos al resistir a las autoridades?

55. Por lo tanto, consideren diligentemente, sin tumulto de ánimo, sin contienda turbulenta, sin amargura de odios, las cosas que los reyes de nuestra comunión decretan contra ustedes, y por qué causa sufren. Y si se encuentran en la Iglesia de Cristo, alégrese y regocíjense, porque su recompensa es grande en los cielos (Mat. V, 12). Pues ustedes son coronados como mártires, mientras que ellos son juzgados como perseguidores de mártires. Pero si la Escritura santa y canónica demuestra que ustedes han erigido un altar contra la Iglesia de Cristo y están separados de la unidad cristiana, que se difunde por todo el mundo, por un cisma sacrílego, y que se oponen al cuerpo de Cristo, que es la Iglesia difundida por todo el mundo, rebautizando y blasfemando, y oponiéndose tanto como pueden; ustedes son impíos y sacrílegos, mientras que aquellos que decretan que deben ser disuadidos y reprimidos por advertencias de pérdidas tan leves, ya sea de lugares, honores o dinero, para que reflexionen sobre por qué sufren estas cosas, reconozcan su sacrilegio, huyan de él y sean liberados de la condenación eterna, son considerados rectores muy diligentes y consejeros piadosísimos. Esta es la caridad que los emperadores cristianos católicos les deben, para que decreten que sus sacrilegios, por la mansedumbre cristiana, no sean castigados según su mérito, y por la preocupación cristiana, no queden completamente impunes. Esto lo obra Dios en ellos, cuya misericordia no quieren reconocer incluso en estas molestias de las que se quejan. Pero nosotros, en cuanto está en nosotros, en cuanto el Señor lo concede y permite, no movemos ni siquiera las leyes de coerción más suaves contra ustedes, sino para que la Iglesia católica, por la fragilidad de los débiles, para que puedan elegir sin temor lo que deben sostener o seguir, sea protegida libre de sus terrores: para que si alguno de los suyos hace algo violento contra los nuestros, entonces ustedes, a quienes tenemos como rehenes en las fincas y en las ciudades, no sufran lo que hacen los suyos, sino que, sometidos a las leyes, sean castigados con una multa pecuniaria a través de juicios ordenados. Si esto les parece grave, que los suyos nos perdonen y cesen. Pero si no cesan y nos atacan, ya sea bajo su mando o con

ustedes, no tienen de qué quejarse de nosotros, quienes hemos puesto en su poder, o en el de los suyos, que incluso siguiendo su herejía, no sufran daño alguno, si la Iglesia Católica no sufre violencia alguna, ya sea de ustedes o de los suyos. Y si alguna violencia se ha cometido, sin su consentimiento y no pueden reprimirla, son advertidos misericordiosamente con esas pérdidas y justamente, sobre la clase de personas que tienen, de las cuales no creen contaminarse, y se ven obligados a entender cuán vanas son las calumnias que hacen contra la Iglesia de Cristo difundida por todo el mundo. No nos acusen ya de perseguirlos; sino más bien a los suyos, si prefieren que también nosotros seamos atacados por sus violencias, y que ustedes sean aplastados por las leyes públicas, antes que calmarse de su furia habitual. Si algo sufren de manera odiosa y perniciosa por parte de los nuestros que no guardan la medida y el deseo de la caridad cristiana, rápidamente diré que no son de los nuestros; sino que serán de los nuestros si se corrigen, o serán separados al final si persisten en la maldad: sin embargo, nosotros no rompemos las redes por los peces malos (Mat. XIII, 47), ni abandonamos la gran casa por los vasos hechos para deshonra (II Tim. II, 20). Y si ustedes también dicen que aquellos de quienes la Iglesia Católica sufre tales cosas no son de los suyos por la misma regla: prueben su ánimo, corrijan su error, abracen la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Porque si ni ellos los contaminan a ustedes, ni estos a nosotros; no nos calumniemos mutuamente con crímenes ajenos: crezcamos juntos en una sola caridad como trigo, soportemos la paja hasta el aventador.

56. Por lo tanto, si los testimonios de las Escrituras canónicas que recomiendan a la Iglesia en la comunión de todo el mundo no necesitan intérprete, y no pueden encontrar en esos mismos Libros ningún apoyo para su separación establecida en África, tampoco pueden quejarse justamente de las persecuciones, que la Iglesia sufre más gravemente cuanto más se difunde, y con fe, esperanza y caridad todo lo soporta, no solo cosas como las que sus Circumceliones y sus semejantes infligen a sus miembros donde pueden, sino todos los escándalos de diversas iniquidades que abundan en todo el mundo, de los cuales el Señor exclamó: "¡Ay del mundo por los escándalos!" (Mat. XVIII, 7): porque el hijo persigue más gravemente al padre viviendo mal, que el padre al hijo castigándolo; y la sierva persiguió más gravemente a Sara por su soberbia iniqua, que Sara a ella por la disciplina debida (Gén. XVI), y perseguían más gravemente al Señor aquellos por quienes se dijo: "El celo de tu casa me consume" (Sal. LXVIII, 10), que cuando él mismo volcó sus mesas y los expulsó del templo con un látigo (Juan II, 15): ¿qué más tienen que decir?

CAPÍTULO XXI.---57. ¿O acaso les agrada que saquemos a la luz su último argumento? "He aquí", dicen, "ustedes tienen la Iglesia. ¿Cómo nos reciben si queremos pasar a ustedes?" Respondo brevemente: Los recibimos tal como la Iglesia, que encontramos en los santos Libros canónicos, los recibe. Dejando de lado la animosidad de contradecir, que infla a todos los que no quieren ser vencidos por la verdad de Dios y son vencidos por su propia perversidad, pueden entender fácilmente que los Sacramentos divinos están tanto en los buenos como en los malos; pero en aquellos para salvación, en los malos para condenación. Y aunque hay tanta diferencia entre quienes los administran digna o indignamente, sin embargo, son los mismos, valiendo para premio en unos, para juicio en otros.

58. Por lo tanto, cuando el Señor bautizaba más que Juan, como está escrito en el Evangelio, donde el Evangelista añadió: "Aunque él mismo no bautizaba, sino sus discípulos" (Juan IV, 1, 2): aunque había tanta diferencia entre Pedro y Judas, no había diferencia entre el Bautismo que se daba por Pedro y el que se daba por Judas. Pues lo que se daba por ellos era uno, aunque ellos no eran uno: y eso era de Cristo, pero uno de ellos pertenecía a los miembros de Cristo, el otro a la parte del diablo. Sin embargo, aunque Juan el Bautista y el apóstol Pablo eran uno, porque ambos eran amigos del esposo, sin embargo, porque no era

uno el bautismo que se daba por Juan y el que se daba por Pablo, Pablo ordenó que fueran bautizados con el Bautismo de Cristo aquellos que habían sido bautizados con el bautismo de Juan. Así que aquel fue llamado el bautismo de Juan: pero el que fue dado por Pablo no fue llamado el bautismo de Pablo; sino que "ordenó que fueran bautizados en Cristo" (Hech. XIX, 4, 5). He aquí que Juan y Pablo son uno, y no dan uno: he aquí que Pedro y Judas no son uno, y dan uno: pero Pedro y Pablo son uno, y dan uno. Abraham y Cornelio, justificados por la fe, son uno, y no recibieron un mismo Sacramento: y también Cornelio y Simón el Mago no son uno, y recibieron un mismo Sacramento: pero Cornelio y aquel eunuco, a quien Felipe bautizó en el camino, son uno, y recibieron un mismo Sacramento (Hech. X, 48, y VIII, 13, 38). Por lo tanto, cuando el Sacramento es uno, ni los diferentes dadores, ni los diferentes receptores hacen que no sea uno lo que es uno.

59. Sin embargo, estos, al querer que lo que es de Cristo sea de los hombres, intentan persuadir cosas falsísimas y absurdas, de modo que casi haya tantos bautismos como hombres por los que se dan. Así que lo que el Señor dijo sobre el hombre y la obra del hombre, "El árbol bueno da buenos frutos, el árbol malo da malos frutos" (Mat. VII, 17); intentan torcerlo para que el bautizado por un bueno sea bueno, y el bautizado por un malo sea malo. De lo cual se sigue, aunque no quieran, que el bautizado por uno mejor sea mejor, y el bautizado por uno inferior sea inferior. De lo cual resulta que aquellos que antes de la pasión del Señor no eran bautizados por Jesús mismo, sino por sus discípulos, nacerían mucho más santamente si fueran bautizados por él. ¿Quién podría siquiera pensar cuánto había de diferencia entre él y sus discípulos por quienes eran bautizados? ¿Acaso les envidió una generación más santa, a quienes prefirió que fueran bautizados por sus discípulos mientras él estaba aquí? Quien crea esto, está loco. ¿Qué, pues, quiso demostrar el Señor con esto, sino que lo que se daba era suyo, fuera quien fuera el que lo diera; y que él bautizaba, de quien aquel amigo del esposo había dicho: "Este es el que bautiza" (Juan I, 33); fuera quien fuera el ministro por cuyas manos se bautizara, quien creyera en él? También dice Pablo: "Doy gracias a Dios de que no bauticé a ninguno de ustedes, sino a Crispo y a Gayo, para que nadie diga que bauticé en mi nombre" (I Cor. I, 14, 15). ¿Y acaso se crea que él envidió a los hombres una santificación mejor, si cuanto mejor era, tanto mejor podían ser bautizados quienes fueran bautizados por él? Más bien, la intención de un dispensador muy cauteloso y fiel fue vigilar para que nadie pensara que había sido bautizado más santamente porque era bautizado por un ministro más santo, y atribuyera al siervo lo que era del Señor.

60. Por lo tanto, cuando los buenos y los malos dan y reciben el Sacramento del Bautismo, y no son edificados espiritualmente en el cuerpo y los miembros de Cristo a menos que sean buenos; ciertamente en los buenos está aquella Iglesia, a la que se dice: "Como un lirio entre espinas, así es mi amada entre las hijas" (Cant. II, 2). Porque en estos se edifica sobre la roca, es decir, quienes oyen las palabras de Cristo y las hacen: porque a Pedro, confesando que él era Cristo, el Hijo de Dios, así le dijo: "Y sobre esta roca edificaré mi Iglesia" (Mat. XVI, 18). Por lo tanto, no está en aquellos que edifican sobre la arena, es decir, quienes oyen las palabras de Cristo y no las hacen. Porque él mismo dijo: "Quien oye estas palabras mías y las hace, lo compararé a un hombre sabio que edificó su casa sobre la roca. Y poco después: "Quien oye estas palabras mías y no las hace, lo compararé a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena" (Mat. VII, 24, 26). Por lo tanto, quienes están incorporados por el vínculo de la caridad al edificio establecido sobre la roca, y al lirio que resplandece entre las espinas, ellos ciertamente poseerán el reino de Dios. Pero quienes edifican sobre la arena, o son contados entre las espinas, ¿quién dudará de que no poseerán el reino de Dios? Sin duda, el Sacramento del Bautismo no les aprovecha nada: pero tampoco, por su fundamento inestable y su malicia estéril, se debe hacer ninguna injuria al Sacramento que tienen.

CAPÍTULO XXII.---61. Por lo tanto, en ese lugar de la Epístola del apóstol Pablo, que escribió a los Gálatas, sin el afán de la contienda, adviertan cuán correctamente se hace, para que corrigiendo el error del hereje, si tienen el Sacramento que debieron tener, reciban lo que les falta, sin que se desapruebe ni se blasfeme lo que ya tienen. "Manifiestas son las obras de la carne, que son fornicaciones, inmundicias, lujurias, idolatría, hechicerías, enemistades, contiendas, celos, iras, disensiones, herejías, envidias, borracheras, orgías, y cosas semejantes; de las cuales os advierto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gál. V, 19-21). Por lo tanto, todos estos no están en el lirio, ni sobre la roca: pero entre ellos también están los herejes. ¿Por qué, entonces, ustedes, para no mencionar otras cosas, no bautizan después de los borrachos, lujuriosos, envidiosos, que no heredarán el reino de Dios, y por lo tanto no están en la roca; y porque no están en la roca, ciertamente no se cuentan en la Iglesia; porque "sobre esta roca", dice, "edificaré mi Iglesia": y quieren que nosotros bauticemos después de los herejes, que están contados entre esas mismas espinas que no poseerán el reino de Dios, y a quienes igualmente les pertenecen los Sacramentos, cuando son los mismos; pero no les aprovechan, porque aunque ellos son rectos, ellos son perversos?

62. Considerando y reflexionando sobre esto sin obstinación, pueden entender fácilmente que en cada uno debe corregirse lo que está torcido, y aprobarse lo que está recto; y debe darse lo que falta, y reconocerse lo que ya está presente. Por lo tanto, cuando un hereje viene para hacerse católico, que corrija su propio error, no que viole el Sacramento de Cristo: que reciba el vínculo de la paz que no tenía, sin el cual no le podía aprovechar el Bautismo que tenía. Porque ambos son necesarios para alcanzar el reino de Dios, tanto el Bautismo como la justicia. Y en el despreciador del Bautismo de Cristo no puede haber justicia: pero el Bautismo puede estar incluso en quien no tiene justicia, pero no puede aprovecharle. Porque como dijo la Verdad, "Si alguno no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos" (Juan III, 5); así también dijo la misma Verdad, "Si vuestra justicia no supera la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. V, 20): para que no solo el Bautismo, sino también la justicia conduzca al reino; y a quien le falte uno u otro, no pueda llegar allí. Por lo tanto, cuando se dice a los herejes: Les falta la justicia, que nadie puede tener sin caridad y el vínculo de la paz; y cuando ellos mismos admiten que muchos tienen el Bautismo, pero no la justicia, y si no lo admiten, la Escritura divina los convence: me sorprende cómo piensan que cuando no queremos volver a bautizar a aquellos que tienen no su Bautismo, sino el de Cristo, actuamos como si ya no les faltara nada; y porque no se les da el Bautismo en la Iglesia Católica, que se encuentra que ya tienen, piensan que no reciben nada allí, donde reciben aquello sin lo cual lo que tienen les vale para perdición, no para salvación. Pero si no quieren entender esto, nos basta con que mantenemos la Iglesia que se demuestra con los testimonios más manifiestos de las santas y canónicas Escrituras.

63. Que me diga ahora el hereje: ¿Cómo me recibes? Respondo rápidamente: Como recibe la Iglesia, a la que Cristo da testimonio. ¿Acaso puedes saber mejor cómo debes ser recibido que nuestro Salvador, médico de tu herida? Aquí tal vez digas: Léeme, entonces, cómo Cristo ordenó recibir a aquellos que quieren pasar de los herejes a la Iglesia. Esto, abierta y evidentemente, ni yo lo leo, ni tú. Porque si Juan fuera hereje, y bautizara en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, después de cuyo bautismo Pablo ordenó que los hombres fueran bautizados; tú obtendrías lo que dices, de modo que no tendría nada que decir en contra. Por otro lado, si Pedro hubiera sido bautizado por herejes en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, a quien el Señor dijo: "El que está lavado, no necesita lavarse de nuevo" (Juan XIII, 10); yo obtendría lo que digo, de modo que tú no tendrías nada que decir en contra. Pero ahora, como no encontramos en las Escrituras que algunos hayan pasado de

los herejes a la Iglesia, y hayan sido recibidos como yo digo, o como tú dices; creo que si hubiera existido algún sabio a quien el Señor Cristo diera testimonio, y se le consultara sobre esta cuestión, no deberíamos dudar en hacer lo que él dijera, para no ser juzgados como oponiéndonos no tanto a él como al Señor Cristo, cuyo testimonio lo recomendaba. Sin embargo, Cristo da testimonio a su Iglesia. He aquí el Evangelio, lee donde dice: "Era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día, y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Luc. XXIV, 46, 47). Por lo tanto, como recibe esta Iglesia en todas las naciones comenzando desde Jerusalén, eliminando todas las ambigüedades y evasivas, así debes ser recibido. Y si no quieres, no te opones perniciosamente a mí, o a cualquier hombre que quiera recibirte así, sino al mismo Salvador, contra tu propia salvación, al no querer creer que debes ser recibido como recibe aquella Iglesia, que él mismo recomienda con su testimonio, a quien confiesas que es necio no creer.

CAPÍTULO XXIII.---64. Pero Jeremías dijo: «Se me ha hecho como agua engañosa, que no tiene fe.» No se refería a esta agua que piensas. Lee con atención. Él llamó agua engañosa a la multitud de hombres mentirosos de manera profética, como suelen hablar figuradamente: así como en el Apocalipsis, sabemos que los pueblos son llamados con el nombre de aguas (Apoc. XVII, 15). Pues así dice Jeremías: ¿Por qué prevalecen los que me entristecen? Mi herida es grave, ¿de dónde seré sanado? Se me ha hecho como agua engañosa que no tiene fe (Jeremías XV, 18). Llamó a su herida agua engañosa: y a esa misma herida suya llamó a aquellos que lo entristecían. Porque lo que dijo, los que me entristecen; eso mismo dijo después, mi herida: y lo que antes dijo, prevalecen; eso después dijo, es grave.

65. Así también hacéis vosotros, donde está escrito: Abstente del agua ajena, y no bebas de fuente ajena (Prov. V, 15). Pensáis que se dice del Bautismo que está entre los herejes, para que por eso sea agua ajena, porque los herejes no poseerán el reino de Dios: como si no fuera así también entre los borrachos, y entre los envidiosos, y otros de este tipo, de los cuales igualmente se ha dicho, No poseerán el reino de Dios (I Cor. VI, 10, y Gál. V, 21): y sin embargo, en todos estos tales, si han sido bautizados según el Evangelio, el Bautismo es de Cristo, no de ellos. Por lo tanto, esa agua no es ajena; aunque ellos sean ajenos, a quienes se les dirá, No os conozco (Mat. VII, 23). ¿Por qué no entiendo más bien que el agua ajena y la fuente ajena son la doctrina del espíritu maligno, por la cual son engañados y seducidos los alejados de Dios por la ignorancia que hay en ellos, debido a la ceguera de su corazón; esto lo expresa más claramente el Apóstol: Pero el Espíritu dice manifiestamente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus seductores y doctrinas de demonios (I Tim. IV, 1)? Esta es el agua ajena, y la fuente ajena. Pues si el agua se entiende en el bien como el Espíritu Santo; ¿por qué no se entenderá el agua en el mal como el espíritu maligno? Porque no siempre donde la Escritura nombra el agua, quiere que se entienda este visible sacramento del Bautismo: sino a veces eso, a veces otra cosa. Pues ya los discípulos del Señor habían bautizado con este visible Bautismo, antes de que viniera sobre ellos el Espíritu Santo según su promesa: de quien sin embargo el mismo Jesús dice, Si alguno tiene sed, venga a mí y beba: el que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Y sigue el Evangelista, y explica de qué se dijo: Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él. Pues el Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan VII, 37-39). He aquí que llama agua al Espíritu, que aún no había sido dado, cuando ya esa agua del Bautismo había sido dada a muchos.

66. De donde también aquello, que de igual manera no entendéis, que está escrito, Bebe agua de tus vasijas, y de los manantiales de tus pozos; y que tu fuente de agua sea propia para ti, y

que ningún extraño participe de ella, y que no se desborden tus aguas hacia afuera, y que en tus plazas corran tus aguas (Prov. V, 15-17): no se refiere al Bautismo visible, que pueden tener también los ajenos, es decir, los que no poseerán el reino de Dios; sino que recomienda este don del Espíritu Santo, que es propio solo de aquellos que reinarán con Cristo eternamente. Porque la caridad de Dios, como dice el Apóstol, ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). Esa misma amplitud del corazón, que la caridad hace, de donde dice que ha sido derramada, y de donde habla así a los Corintios, Nuestra boca está abierta para vosotros, oh corintios, nuestro corazón se ha ensanchado (II Cor. VI, 11), ha sido significada con el nombre de plazas.

67. Por lo tanto, lo que escuchamos claramente, No creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios (I Juan IV, 1); esto lo escuchamos figuradamente, Abstente del agua ajena, y no bebas de fuente ajena. Y lo que escuchamos claramente, La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado, esto lo escuchamos figuradamente, Que tu fuente de agua sea propia para ti, y que ningún extraño participe de ella. Pues muchos dones de Dios pueden tener también los ajenos, no solo estos comunes con las piedras y los árboles, como es el ser y el crecer; ni solo comunes con los animales, como es respirar, sentir: sino también mayores ya propios de los hombres, como es la razón, el habla, las artes útiles innumerables, y muchas otras cosas. Incluso aquellas que han sido dadas a la casa de Dios, algunos de ellos las tienen los ajenos, es decir, los que no poseerán el reino de Dios, a quienes al final se les dirá, No os conozco; incluso cuando digan, En tu nombre profetizamos y muchas virtudes hicimos. Porque, Aunque tenga, dice, profecía, y entienda todos los misterios y toda la ciencia, y aunque tenga toda la fe, de tal manera que traslade montes, pero no tenga caridad, nada soy (I Cor. XIII, 2). Este es, por lo tanto, el don del Espíritu Santo propio de los santos, del cual ningún extraño participa. Esto falta a todos los malignos y a los hijos del infierno, aunque sean bautizados con el Bautismo de Cristo, como Simón había sido bautizado. Esto falta también a los herejes: esto lo reciben, cuando corregidos vienen y abrazan sinceramente el vínculo de la unidad. Porque si no lo recibieran, incluso teniendo el Bautismo de Cristo, no poseerían el reino de Cristo; porque no habrían entrado a esa fuente propia de aguas que corren en las plazas de los santos, y que no se desbordan hacia afuera, en la cual la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. Dejad, pues, de mencionar esos testimonios, que o no entendéis, o entendéis que están a nuestro favor y en contra vuestra. Porque si se pudieran interpretar de manera ambigua, tanto a nuestro favor como al vuestro, en nada ayudarían a vuestra causa: porque también nosotros, si quisiéramos usar tales, usaríamos innumerables que no ayudarían de manera similar a nuestra causa. Pero claramente tales sostienen una mala causa haciendo demoras.

CAPÍTULO XXIV.---68. He aquí, dicen, del cuerpo del Señor fluyó agua. ¿Y en qué te ayuda esto, oh hereje? Mucho, dice: porque significa que el Bautismo no existe sino en el cuerpo del Señor, es decir, en la Iglesia. Mejor dirías, del cuerpo del Señor, es decir, de la Iglesia; aunque ya está claro (lo cual aún tal vez deba investigarse más diligentemente), que esa agua significaba el Bautismo. Pues también nosotros decimos que el Bautismo que tenéis es del cuerpo del Señor, es decir, de la Iglesia, aunque no estéis en ella, como todos los que no edifican sobre la roca, sino sobre la arena. Pero, ¿por qué no consideras que esa agua, que dices que significaba el Bautismo, no solo estaba en el cuerpo del Señor, sino que también salió de su cuerpo hacia afuera, y esto por la herida del perseguidor? Porque ni los herejes ni todos los malos habrían arrastrado consigo los Sacramentos hacia afuera, si hubieran guardado la integridad de la unidad en el cuerpo del Señor. Pero también veis cuán profundo es esto, y cuán oculto en la gran altura del misterio.

69. Ya basta: dejad de actuar con tales cosas. Todo lo que presentéis de este tipo, o está a nuestro favor, o, para disminuir mucho nuestra causa, es incierto para quiénes son. Pero os deleitáis en lo oculto, para no ser obligados a confesar lo evidente. He aquí la Iglesia, os ruego, ¿qué sufrís? He aquí la Iglesia recomendada y expresada con los más manifiestos testimonios de las santas Escrituras, predicha y demostrada: Como hemos oído, así hemos visto (Sal. XLVII, 9). ¿Por qué te resistes a ser recibido? ¿Por qué te niegas a ser recibido de la manera en que ella recibe, a quien da testimonio quien no pudo mentir? Enseña que las Escrituras canónicas han dicho claramente que debe ser bautizado en la Iglesia católica quien haya sido bautizado entre los herejes en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y si no puedes enseñar esto; enseña que a esta tu comunión, es decir, a la parte de Donato, donde aprendiste esto, se le da algún testimonio claro y manifiesto de las Escrituras canónicas: y confesaré que se debe pasar a ti, y que no deben ser recibidos de otra manera los herejes, que como recibe la iglesia en la que estás, porque ha sido declarada con tal testimonio. ¿Por qué te agitas? ¿por qué te perturbas? ¿No encuentras en las Escrituras canónicas lo que te exigimos con toda justicia? Porque lo que soléis decir, ¿Dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía? (Cant. I, 6); ves qué clase de cosa es, y cuán no es a tu favor. No busques, pues, tales cosas. Porque incluso si la parte de Donato estuviera en las partes del norte, que son contrarias a las partes del mediodía, diría que se dice de sí misma: Los montes de Sion, los lados del norte, la ciudad del gran rey (Sal. XLVII, 3). Pues ciertamente la ciudad del gran rey no es sino la Iglesia; y esto suena más indudablemente a Iglesia, que aquello, ¿Dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía? Pero tal vez ese testimonio lo usaría el hereje Marción, que se dice que era del Ponto, que son las partes hacia el norte. Nuevamente, si la parte de Donato estuviera en el occidente, diría que se dice de sí misma: Preparad camino al que asciende sobre el ocaso; el Señor es su nombre (Sal. LXVII, 5). Pues tal vez diría que es más sublime, asciende sobre el ocaso; que, descansa al mediodía. Estas son cosas místicas, ocultas, figuradas: algo manifiesto que no necesite intérprete, os exigimos.

70. Yo, por lo tanto, te recibo así, como recibe la descendencia de Abraham, en la cual serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). Esto tal vez sería oscuro, si Pablo no hubiera revelado que la descendencia de Abraham es Cristo (Gál. III, 16). Así te recibo, como recibe aquella estéril, cuyos muchos hijos son más que los de la que tiene marido. Lo cual sería oscuro, si Pablo no hubiera dicho que ella es la Iglesia nuestra madre: a quien se le dijo, El Señor que te libró, él mismo será llamado Dios de toda la tierra (Isa. LIV, 1, 5; Gál. IV, 26, 27); a quien se le dijo, Tu tierra será el orbe de la tierra (Isa. LXII, 4). Como recibe aquella reina, de la cual se dice en los Salmos, La reina está a tu derecha: y a quien se le dice, En lugar de tus padres serán tus hijos, los constituirás príncipes sobre toda la tierra (Sal. XLIV, 10, 17). Finalmente, para no mencionar muchas cosas, te recibo así, como recibe la Iglesia comenzando por todas las naciones desde Jerusalén (Luc. XXIV, 47): como recibe la Iglesia que es testigo de Cristo en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta el fin de la tierra (Hechos I, 8). Porque él te recibe, quien dijo esto de ella, quien con tales palabras, para que nadie dudara de ella, la mostró. Así te recibo, como recibe el trigo sembrado en el campo, que crece con la cizaña hasta la cosecha. Estos son los hijos del reino; el campo es el mundo, la cosecha es el fin del siglo (Mat. XIII, 30, 38, 39): el Señor lo explicó, es el Evangelio, son las palabras del Señor, son manifiestas. Podría decirte: Así te recibo, como también vosotros recibisteis a los que Pretextato y Feliciano, condenados por vosotros, bautizaron fuera de vuestra comunión. A lo cual no tienes absolutamente nada que contradecir. Pero más bien diré esto, que también contra los mismos maximianistas vale invenciblemente, quienes os vencieron en los dos principales testimonios que soléis usar con la mayor ignorancia, aunque con la mayor frecuencia, sobre la escasez y sobre el mediodía. Por lo tanto, diré esto, que extinga a todos vosotros como si os levantaseis juntos contra nosotros. Así os recibimos, si

queréis corregiros, como recibe la Iglesia, que el Señor Jesús dijo que comenzaría desde Jerusalén, y leemos en los Hechos de los Apóstoles que comenzó desde allí: y que iría por todas las naciones, y leemos en los Hechos de los Apóstoles que fue por muchas, antes de que llegara a África, y que iría por todas las naciones antes de que llegue el fin; porque el mismo Señor dijo, Este Evangelio será predicado en todas las naciones, y entonces vendrá el fin. He aquí sus impurezas: Porque abundó la iniquidad, el amor de muchos se enfriará. He aquí sus trigos: Pero el que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. XXIV, 12-14). ¿Dónde está aquí África nombrada en la parte de Donato? He aquí nuevamente sus trigos: Para que sepas, dice el Apóstol, cómo debes comportarte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad. Y sin duda es grande el misterio de la piedad, que fue manifestado en carne, justificado en espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido en gloria (I Tim. III, 15, 16). He aquí sus impurezas: Pero el Espíritu dice manifiestamente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus seductores, doctrinas de demonios (I Tim. IV, 1), etc. ¿Dónde está aquí África nombrada en la parte de Donato, para que en ella haya permanecido la columna y fundamento de la verdad, o el sacramento de la piedad, del cual hasta el fin corrió así, que dijo, Fue predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido en gloria?

71. ¿Por qué, entonces, me detendré en más? Quien piense responder a esta Epístola, que escudriñe las Escrituras: y o bien presente un testimonio manifiesto de África, o en la cual sola, o de la cual sola es la parte de Donato: lo cual no puede presentar, porque las Escrituras no pueden contradecir a aquellos tan manifiestos que hemos presentado: o si busca seguidores crédulos de sus sospechas, o acusaciones, o calumnias, y quiere llevarlos a otro Evangelio, que no es otro, y anunciarnos algo diferente de lo que hemos recibido, aunque fuera un ángel del cielo, sería anatema (Gál. I, 8): porque también el diablo, que por eso cayó del cielo, porque no permaneció en la verdad, si hubiera sido anatema para el hombre, cuando le anunció algo diferente de lo que había recibido del Señor Dios, los primeros padres de nuestra carne, no habrían caído en la pena de muerte, ni habrían salido del lugar de felicidad.

CAPÍTULO XXV.---72. Por lo tanto, vosotros, amadísimos, a quienes escribo esta Epístola, retened con el corazón más fiel y firme el precepto del pastor que puso su vida por sus ovejas, y ahora glorificado y exaltado se sienta a la derecha de Dios Padre, diciendo. Mis ovejas oyen mi voz, y me siguen (Juan X, 27). Habéis oído su voz más manifiesta, no solo por su Ley, y los Profetas, y los Salmos, sino también por su propia boca recomendando su Iglesia futura. Y cómo se han cumplido en orden las cosas que predijo, lo veis leyendo en los Hechos y Cartas de los Apóstoles, que completan el canon de las Escrituras divinas. No es una cuestión oscura en la que os engañen, a quienes el mismo Señor predijo que habrían de venir y decir, He aquí aquí está Cristo, he aquí allí: he aquí en el desierto, como donde no hay multitud de gente: he aquí en los aposentos (Mat. XXIV, 23, 26), como en tradiciones y doctrinas secretas. Tenéis la Iglesia difundida por todas partes, y creciendo hasta la cosecha. Tenéis la ciudad, de la cual el mismo que la fundó, dice: No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte (Mat. V, 14). Esta es, por lo tanto, la que no está en alguna parte de las tierras, sino que es conocida en todas partes. Esta a veces sufre temporales incluso en sus trigos, para que en algunos lugares no sean reconocidos; pero sin embargo, incluso allí están ocultos: pues no puede fallar la sentencia divina, porque crecen hasta la cosecha.

73. Así que también en otras naciones a menudo algunos miembros de la Iglesia, prevaleciendo las sediciones de herejías y cismas, han sido oprimidos y oscurecidos; y sin embargo, porque estaban presentes, poco después sin duda alguna brillaron: y en la misma África después de aquel concilio sedicioso y turbulento de Segundo de Tigris en Cartago, donde también la corrupción operada por la noble mujer Lucila, después fue recordada en los

Actos judiciales, cuando de allí se enviaron cartas casi por toda África, donde ya habían germinado las Iglesias de Cristo, se creyó en las cartas del concilio; pues no debía ser de otra manera: y como si se hubiera visto que por alguna parte del campo los trigos del Señor habían fallado; de ninguna manera, sin embargo, fallaron, los que verdaderamente eran trigos predestinados y sembrados, y con raíz profunda germinando fértilmente. Pues con conciencia tranquila creyeron en las cartas del concilio: pues no se decía algo increíble de hombres sobre otros hombres, ni se creía en ellos contra el Evangelio. Pero después de que ellos llevaron su furiosa obstinación hasta la disensión sacrílega contra todo el mundo cristiano con la más obstinada contienda, y se hizo conocido a los buenos fieles a quienes la falsa acusación había alejado de Ceciliano: vieron que, si persistían en aquella comunión, ya no tenían un juicio errado sobre algún hombre, o sobre algunos hombres, sino sobre la Iglesia difundida por todo el orbe de la tierra; y prefirieron creer en el Evangelio de Cristo, que en el concilio de los colegas. Así que, dejando a aquellos, pronto muchos, y obispos, y clérigos, y pueblos regresaron a la paz católica: lo cual, incluso antes de hacerlo, se contaban entre el trigo. Pues entonces no lo hacían, cuando su contradicción no se esforzaba contra los hombres malamente insinuados por los colegas, sino contra la Iglesia de Dios, que crece en todas las naciones. Así que también en África el trigo que el Hijo del hombre había sembrado, permaneció trigo: y de él hasta ahora ha crecido, y crece, y en adelante hasta la cosecha fructificará y crecerá, como en todo el mundo.

74. Algunos también de buena voluntad, a través de la oscuridad carnal, incluso después de confirmado el furor maligno contra la Iglesia de Dios, erraron por más tiempo en esa disensión, como si aún se pisotearan tiernos los granos, y el vigor de la hierba con raíz viva fuera aplastado: sin embargo, Dios conocía sus propios granos, aunque para revivir debían ser reprendidos y amonestados. No se dijo a Pedro de la misma manera, "Apártate de mí, Satanás" (Mat. XVI, 23); como se dijo de Judas, "Uno de vosotros es un diablo" (Juan VI, 71). Algunos también contradijeron con mala intención la verdad más evidente: aquellos fueron arrancados o cortados; pero no permaneciendo en la infidelidad, como el Apóstol dice de algunas ramas rotas, fueron replantados o injertados de nuevo por la mano divina (Rom. XI, 17-23). Pues cada uno es infructuoso, y aún no ha sido cortado de la raíz, cuando con mala codicia realiza aquellas obras de las que se ha dicho, "Porque los que tales cosas hacen, no heredarán el reino de Dios" (Gál. V, 21): pero cuando por esas mismas obras comienza también a resistir a la verdad más evidente que lo reprende, entonces es cortado. Y muchos de estos están en la comunión de los Sacramentos con la Iglesia, y sin embargo ya no están en la Iglesia. De lo contrario, si entonces alguien es cortado cuando visiblemente es excomulgado; será consecuente que entonces sea injertado de nuevo cuando visiblemente es restituido a la comunión. ¿Qué si, por tanto, se acerca de manera ficticia, y lleva un corazón muy enemigo contra la verdad y la Iglesia, aunque se realice en él esa solemnidad, acaso se reconcilia, acaso se injerta? De ninguna manera. Así como, por tanto, ya comunicando de nuevo no está aún injertado; así también antes de ser visiblemente excomulgado, cualquiera que lleva un corazón enemigo contra la verdad, por la cual es convencido y reprendido, ya está cortado. Así sucede que tanto la buena semilla como la mala semilla, ambas crecen en el campo hasta la cosecha: es decir, tanto los hijos del reino como los hijos del maligno, ambos crecen en el mundo hasta el fin del siglo; aquellos llevando fruto con paciencia, estos amargando con esterilidad.

75. Vosotros, sin embargo, apoyándoos en tantos testimonios tan evidentes de la Ley, los Profetas, los Salmos, del mismo Señor, y de los Apóstoles, sobre la santa Iglesia difundida por todo el orbe de la tierra, exigid de estos que muestren de África, lo que concierne a la parte de Donato, algunos testimonios manifiestos de los Libros canónicos. Pues no podría de

ninguna manera suceder, como ya he dicho, que la Iglesia, como dicen, y lo que Dios no quiera, tan pronto pereciera de tantas naciones, fuera predicada con tantos testimonios tan sublimemente y tan indudablemente; y de esa, que ellos quieren, la suya, que hasta el fin, como sostienen, habría de permanecer, se callara. Recordad lo que se dijo a aquel rico, cuando era atormentado en el infierno, y quería que se enviara a alguien de entre los muertos a sus hermanos. "Tienen allí", dice, "a Moisés y a los Profetas". Y cuando él decía que no creerían, a menos que alguien de los muertos fuera a ellos: "Si no oyen a Moisés", dice, "y a los Profetas, tampoco creerán si alguno resucita de entre los muertos" (Luc. XVI, 29-31). Moisés dijo que "en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones" (Gen. XXII, 18). Los Profetas dijeron, "Serás llamada mi voluntad, y tu tierra el orbe de la tierra" (Isai. LXII, 4); y, "Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra" (Sal. XXI, 28). Con estas y tales predicciones tan manifiestas que demuestran la Iglesia, estos no quisieron creer. El Señor resucitó de entre los muertos, dijo que "en su nombre se predicara el arrepentimiento y la remisión de los pecados por todas las naciones, comenzando desde Jerusalén" (Luc. XXIV, 47). Aquellos que no creyeron a Moisés y a los Profetas, tampoco creyeron al Señor resucitado de entre los muertos; ¿qué queda, sino que compartan los tormentos de aquel rico? Vosotros, huyendo de esto mientras aún hay tiempo, antes de que se emigre de esta vida, adheríos firmemente a las palabras divinas, para que ni en la vida os turbéis, y después de esta vida merezcáis recibir lo que fue prometido a la descendencia de Abraham. Amén.